

## BIOGRAFÍA DE SAN JUAN DE DIOS

DE

FRANCISCO DE CASTRO

*HISTORIA DE LA/ VIDA Y SANCTAS OBRAS/  
de Iuã de Dios, y de la inffituciõ de fu/  
ordê, y principio de fu hofpital. Cõ/  
puefta por el Maeftro Frãcifco/  
de Caftro Sacerdote Rector del mifmo/ hofpital d Iuã de Dios, d Granada./  
DIRIGIDA AL ILLVSTRISSIMO SE/  
ñor Don Iuan Mendez de Saluatierra./  
Arçobifpo de Granada./  
CON PRIVILEGIO./  
En Granada, en cafa de Antonio de Libríxa./  
Año de. M.D.LXXXV. /*

NOTAS: SEGUNDA IMPRESIÓN (1976) DE LA CUARTA EDICIÓN (1950) DE LA BIOGRAFÍA DE FRANCISCO DE CASTRO, por D. MANUEL GÓMEZ-MORENO MARTÍNEZ: *San Juan de Dios/ Primicias Históricas Suyas/ Dispuestas y Comentadas por/ Manuel Gómez-Moreno* (Madrid 1950). La transcripción y edición de la biografía de Francisco de Castro ocupa las pp. 1-127. El número de página indica el final de la misma.

ÚLTIMA REVISIÓN: 18.01.2012

PROVINCIAS ESPAÑOLAS DE LA ORDEN  
HOSPITALARIA

SAN JUAN DE DIOS  
PRIMICIAS HISTORICAS SUYAS  
DISPUESTAS y COMENTADAS POR  
MANUEL GOMEZ- MORENO  
MADRID  
1950

Nihil obstat.  
Madrid, 11 de septiembre de 1950.  
Dr. Fr. Rafael María Saucedo Censor.

Imprimase.  
Madrid, 11 de septiembre de 1950.  
Dr. José María G. Lahiguera, Vic. Gen.  
LIT. ANEL. SAN VICENTE FERRER. 13 -GRANADA

## PRESENTACIÓN

Sería impertinente discurrir sobre el valor sentimental e histórico que, rebasando el área religiosa entraña la figura de Juan de Dios; y si él no culmina en el ámbito peninsular con categoría preferente, se debe a la plétora de grandezas que nuestro siglo de oro alcanzó a desarrollar en todos los órdenes. Pero, aun tomada en consideración esta excelencia, y dando lo suyo a santos, como Ignacio, Javier, Teresa, Juan de la Cruz y el Juan de Ávila nuestro, todavía desde cierto punto de vista que afecta a lo genial, a lo impulsivo y temerario sin regla de moderación juiciosa, es Juan de Dios quien se lleva la palma de perfección evangélica por amor de Dios absoluto.

Queda, pues, justificada la popularidad de nuestro santo y la atracción que sus admirables hechos provoca; queda vivo además en el ambiente granadino, teatro de sus aventuras y donde se ofrece más patente su realidad histórica, sin esfuerzo de erudición para saborearla. Luego, a través de este paladeo que la vida del santo hizo gustar de siglo a siglo, la crítica observa una paralización en el es-

3

tudio de los hechos mismos. Desde que en 1624 la historia del obispo Govea los codificara, no se ha hecho sino glosar, refundir, moralizar a gusto de cada etapa cultural, sin intento alguno de remover el caudal de noticias vulgarizado, ni siquiera volver la vista hacia las proximidades del tiempo en que vivió el santo, buscando ampliaciones, correcciones, renunciados, lo que en bien de autorizar su historia resulte. y esto es lo que nos propusimos realizar en este librito sobriamente, sin prevenciones frente a la realidad documental, para que ésta sea guía de criterio en el proceso de reivindicaciones.

Formulado así, no podía menos de obtenerse buen éxito, resultando la personalidad del santo exaltada a través de una depuración, que reduce a sus límites precisos lo tradicional, y quedan invalidadas ciertas intrusiones eruditas, con miras de ejemplaridad piadosa, sobrepuestas a lo histórico.

Viene aquí ahora reimpresa la biografía más antigua del santo, cuya publicación data de 1585, a los treinta y cinco años tan sólo de muerto; obra tan caída en olvido que no se logra ni un ejemplar suyo en las bibliotecas peninsulares; y, sin embargo, fue guía única para cuantos, hasta bien avanzado el siglo XVII, hablaron en serio del santo.

Los textos que de ella se apartan, bien pocos, van también insertos aquí; pero todo queda superado, por el caudal de documentos inéditos que suministra la información testifical a propósito de la beatificación del santo. Aquí, a los setenta y tres años de su muerte, no es el prurito de lucimiento ni proselitismo ni sermones lo que impulsó a los testigos, sino la obligación moral ineludible de decir cada uno lo que sabía, bajo presiones canónicas, que

4

garantizan una sinceridad en raros casos desvirtuada.

Y no es ello sólo, porque la llaneza y precisión de estas informaciones prestan acento de actualidad a los hechos relatados con su localización respectiva, poniéndonos en contacto del medio social granadino en los días de Juan de Dios, donde todo es viril, áspero, inquieto; pero rebosante de vida, a tono con las ocurrencias geniales de] santo. Aquel siglo XVI español, injerto en Renacimiento equilibrado y razonador, hizo razonables a los otros grandes santos nuestros; pero no en balde Juan de Dios había nacido en la Lusitania aventurera y vino a caer en ciudad desequilibrada por excelencia, lo que da un cariz especialísimo a la exhibición del uno y de la otra que aquí ofrecemos. Todavía ilustran lo dicho: un grabadito peregrino del santo, visto al natural; su retrato pintado, estimable como prototipo de los que se han vulgarizado; también su más antigua imagen de

escultura y la representación pictórica del episodio inicial granadino que se le atribuye; asimismo una carta original, entre las otras suyas, y cierto relato que salió impreso viviendo él aún, casi desconocido todo ello. Por cuenta nuestra, valgan un informe ante el proceso de beatificación, y un comentario sobre las vicisitudes que removieron la historia de Juan de Dios, extensivo a su leyenda y al material literario y artístico que le es anejo, con intento de precisar el alcance y características del trabajo realizado. y sea para gloria de Dios y de su santo.

Insistimos en que por base preciosa de información tenemos la historia, ya aludida, del maestro Francisco de Castro, presbítero, nombrado rector

5

del hospital de Granada por su arzobispo don Juan Méndez de Salvatierra, que gobernó la diócesis desde 1578, y la compuso aquél sobre el borrador que dejó un compañero del santo, escrito con estilo llano según sus recuerdos, y añadidos otros dichos de personas de crédito: ello es cuanto sabemos de Juan de Dios con plena garantía de autenticidad; lo demás ya iremos viendo de dónde sale.

El libro de Castro estaba aprobado para imprimirse en junio de 1584, ya fallecido su autor, por solicitud de su madre Catalina de Castro, y fue impreso a costa de dicho Arzobispo, en la oficina de Antonio de Lebrixa, en Granada, muy pulcramente y sin erratas casi, honrando en sus postrimerías aquella imprenta, la más clásica entre las españolas, aquélla que había llevado el "Apud inclytam Garnatam" por colofón único. Su tamaño es de 14 X 10 cm., con 118 folios numerados de texto y 16 más entre preliminares y tabla, distribuidos en cuadernos de a diez.

Se reproduce aquí la portada; repite, por cabeza de sus páginas: "La vida de Ioan de Dios", y las capitales se encuadran con algo de adorno en campo negro. Además, entre las poesías de Juan Latino y Juan López Serrano, ocupa dos planas, frente a frente, el susodicho retrato de Juan de Dios arrodillado ante un Crucifijo, único en representarle con su mísera vestidura: es un grabado en madera, ya impreso en 1579, al pie del traslado castellano de la bula de Pío V, que ha servido ahora para corregir el último capítulo del libro, repetición suya muy descuidada. El testimonio de tasa del mismo, intercalado tras de la última hoja de

6

preliminares, insértase aquí al dorso de la portada, como en la edición de 1588, y es su lugar propio. En la poesía del negro Juan Latino, adviértase la alusión que hace del otro poeta Gregorio Silvestre, a quien también alcanzó la munificencia del arzobispo.

Finalmente, al comienzo del texto adviértese que la fecha de 1538 no enlaza con lo siguiente, habiéndose de entender que corresponde a cuando apareció en Granada el santo, y no a su natalicio, oscuridad que hubo de notarse cuando en la segunda edición se sustituyó, a las pocas líneas, el "siendo arzobispo", por "y era arzobispo", sin ventaja alguna. Luego, la diferencia principal entre ambas ediciones afecta a la cédula de privilegio, que en la de 1588 varía enteramente, carece de encabezamiento, es más explícita y circunstanciada, la firma el rey y se fecha en Barcelona a 20 de mayo de 1585. Además, esta segunda edición suprime las dos poesías, la carta de Catalina de Castro y los grabados, dejando un pequeñito busto del Salvador en la portada; la imprimió, en Granada también, René Rabut y desmerece grandemente de la primera. Las Constituciones del hospital, cuya impresión prohibía la primera cédula, quizá por su carácter meramente local, se editaron sueltas en aquel mismo año de 1585 por Hugo de Mena, sucesor de Lebrixa.

7

[Segunda impresión de la 4ª edición, en verdad]

Cuando el amor fraterno, en la autenticidad y genuinidad vivido y exigido por el Maestro, sufre crisis hasta el extremo de estar casi desterrado entre los humanos, inclusive entre quienes, por discípulos de Aquel, el nombre de "cristianos" llevamos, ya que con nuestra apatía, frialdad e indiferencia contribuimos conscientes o inconscientes a que brille por su ausencia, cuando el más refinado hedonismo que, "cual de alto monte despeñado río que hinchan las lluvias y sus diques rompe", invade desenfrenado hasta los más sagrados recintos, estratos y estadios de la humana familia, desde la intimidad del hogar hasta los más encumbrados escenarios de la sociedad, cuando el ruín y mezquino egoísmo, individual y colectivo, económico, político, social y moral trata de sofocar, apenas nacidos, los mejores intentos, proyectos y esfuerzos de solidaria convivencia, cuando no se quiere aprovechar los recursos que la ciencia y la técnica nos brindan, como valiosos mecanismos que pueden y deben estrechar más los lazos de la amistad, cuando sistemas ideológicos engendran violencias que afloran brutalmente en dirigismos y controles, competitivos y agresivos, de las categorías humanas hasta sumimos en profundos distanciamientos y enfrentamientos a individuos, pueblos, civilizaciones y potencias...

Estará bien ofrecer a los hombres de nuestro ambiente, que se gloria de ser hipercrítico, las primigenias fuentes que nos permitan conocer el espíritu de aquel hombre, lleno de sencillez y sensibilidad humanas por evangélico, quien, si mereció ser llamado JUAN DE DIOS, bien pudo ser llamado Juan de los hombres,

9

el hombre que de su dimensión vertical supo sacar luz, calor, energía y vida para vivir hasta las últimas consecuencias, en abrazo horizontal a los hermanos, los compromisos de un creyente convencido, el hombre acción-entrega-servicio a: "tullidos, mancos, leprosos, mudos, locos, parálíticos, tiñosos y otros muy viejos y niños que aquí dejan; y otros peregrinos, y viandantes que aquí vienen...", el hombre oración-contemplación quien, en filial diálogo con el Padre, descubre que aquéllos son también y principalmente sus hijos, que no son -y deben ser- amados; cuyas necesidades esperan la respuesta de su fe, operante por la caridad, el hombre que "serafín de la Eucaristía" adora a Cristo en espíritu y en verdad cuando "ángel de los enfermos" atiende a estos Cristos pequeños pero reales... el hombre, en suma, que supo amar a Dios en los hombres ya los hombres en Dios, pues "quien no ama al prójimo a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve".

A descubrir, presentar y proyectar al profeta del amor humano-social-cristiano quiere contribuir esta nueva edición de PRIMICIAS HISTORICAS DE SAN JUAN DE DIOS, figura llevada al arte del celuloide, el sonido y el color este año, con el título:

El Hombre-Que-Supo-Amar, pues como escribió Manuel Gómez Moreno, en la presentación de esta su obra: "desde cierto punto de vista, que afecta a lo genial, a lo impulsivo y temerario sin regla de moderación juiciosa, es JUAN DE DIOS quien se lleva la palma de perfección evangélica por amor de Dios absoluto".

Manuel MARCO CHECA, O.H.

Málaga 1976

10

Yo Christóval de León, secretario del Consejo de su Majestad, doy fee, que por los señores dél se tasó cada pliego de los libros que con su licencia hizo imprimir Catalina de Castro, madre "Y heredera del maestro Francisco de Castro, sobre la vida y costumbres de Juan de Dios de Granada, que el susodicho compuso, a cinco blancas en papel. y mandaron, que antes que se vendan, se imprima en la primera hoja de cada una dellas este testimonio de tasa. y porque dello conste, de

pedimiento de la parte de la susodicha di esta fee, en Madrid a veinte y ocho de Mayo de mil y quinientos y ochenta y cinco años.  
Christóval de León.

12

DON PHILIPPE por la gracia de Dios Rey de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalem, de Portugal, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galizia, de Mallorcias, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarves, de Algecira, de Gibraltar, de las islas de Canaria, de las Indias Orientales y Occidentales, islas y tierra firme del mar Océano, Archiduque de Austria, Duque de Borgoña y de Bravante y de Milán; Conde de Abspurg, de Flandes y de Tirol y de Barcelona; Señor de Vizcaya y de Molina, &c. Por cuanto por parte de vos Catalina de Castro, madre y heredera del maestro Francisco de Castro, Rector del hospital de Iuan de Dios de la ciudad de Granada:

Nos fué fecha relación diciendo, que el susodicho había compuesto un libro sobre la vida y buenas costumbres de Iuan de Dios, con ciertas constituciones, que los hermanos del dicho hospital habían de tener. y por ser cosa útil y provechosa, y en quel dicho maestro Francisco de Castro había puesto mucho trabajo. Nos pedistes y suplicastes, vos mandásemos dar licencia para le poder imprimir con privilegio, por diez años, o como la nuestra

13

merced fuese. Lo cual visto por los del nuestro Consejo, y como por su mandado se hicieron las diligencias, que la Pragmática por nos nuevamente fecha, sobre la impresión de los libros, dispone. Fué acordado que debíamos de mandar dar esta nuestra carta para vos en la dicha razón. E nos tuvimoslo por bien. Por la cual vos damos licencia y facultad, para que por esta vez podais imprimir el dicho libro que de suso se hace mención. Solamente lo que dél tocare a la vida y costumbres del dicho Iuan de Dios; y con que dél se quiten las dichas constituciones. El cual se imprima por el original, que en el nuestro Consejo se vió, que va rubricado y firmado al cabo dél, de Christóval de León, nuestro escrivano de cámara, de los que residen en el nuestro Consejo; y con que antes que se venda le traigais a él, juntamente con el dicho original para que se vea si la dicha impresión está conforme a él, o traigais fee en pública forma, en cómo, por corrector nombrado por nuestro mandado, se vió y copió la dicha impresión por el dicho original, y se imprimió conforme a él, y quedan ansímismo impresas las Erratas por ella apuntadas, para cada un libro de los que ansí fueren impresos, y se tase el precio que por cada volumen hubiéredes de haber y llevar. So pena de caer e incurrir en las penas contenidas en la dicha Pragmática y leyes de nuestros Reynos. De lo cual mandamos dar y dimos esta nuestra carta sellada con nuestro sello, y librada de los del nuestro Consejo. En la villa de Madrid, a ocho días del mes de Junio de mil y quinientos y ochenta y cuatro años. Va sobreruido (que va).

El Licenciado Iuan Thomás.

14

El Licenciado Rodrigo Vázquez Arce.

Don Pedro Porto Carrero.

El Licenciado Martinez de Bohórquez.

El Licenciado don Juan de Luçon.

Yo Christóval de León, Escribano de cámara de su Magestad, la fize escribir por su mandato, con acuerdo de los del su Consejo.

Registrada, Jorge de Loal de Vergara, chanciller.

Iorde Loal de Vergara.

15

SPES VIDUAE, QUA LIBRUM EXCUDERE AUSA EST, PER  
MAGISTRUM IOANNEM LATINUM. CATHEDRAE  
GRANATENSIS MODERATOREM, LATINIS  
NUMERIS ASTRICTA.

Cui pauperes vi-  
duae curae sunt.  
Paupere. induit.  
In fractione panis  
Dominum cognov-  
erunt discipuli.  
Per parrochias  
eleemosinam di-  
vidit semper.  
Pupillo iudicans  
viduae casam ,  
admittit.  
Civitas exequo to-  
net annonam. ,

Vivit paupertas urbis nutritur et almi  
Vita Pastoris, tum viduata cohors.  
Vestes das nudis Princeps panemque salutis  
Tu frangis pecori, noscat ut ore Deum.  
Divitias spargis parrochus quas dividat ipsis  
Pro Christi viduis nomine pauperibus.  
Solatium es viduis pupillis patribus orbis:  
Sic vivit virgo casta puella Deo.  
Et vivit Patrum cretus pia turba virorum:  
Horrea dat cunctis Principis alma domus.  
Ioannes Mendez a Salva nomine Terra,  
Qui viduis vita es, tollis ab urbe famem.  
Virtutes priscre cumulata sorte resurgunt  
Pastorum, Pastor quas bonus amplificas.  
Nobilitas famam vigilantum nomine Christi,  
Sopitas mentes erigis ad Dominum.  
Ferrea non agitat Pastoris virga regendas,  
Ast baculo inflexo congregat Unctus oves.  
Non poterat vidua hrec typis excudere librum:

Duos duarum vi-  
duarum libros  
suis impensis  
excussit.

I ussisti excudi Pastor amore Dei.

16

Nec tu prodires in lucem clare Poeta  
Silvester, Princeps ni daret auxilium.  
Matrona excussit divini scripta Poetre,  
Quam iuvit Princeps tunc tua larga manus.  
Qua ingenuo natam nuptum dedit una marito,  
Altera pauperiem pressit honore suam.

Orationibus de be-  
ne merito bene  
meritur cive.  
Una cuius tvivax

Nestoreos vivas annos iuvenesque, senesque  
Orant nunc cives, regia turba, duces.  
Ut Pastor peragas custodis srecula phoenix:



est. Atque ovibus reddas pabula sancta tuis.  
LAUS DEO.

17

AL ILUSTRISIMO SEÑOR DON JUAN MÉNDEZ  
DE SALVATIERRA, ARZOBISPO DE GRANADA.  
EL LICENCIADO JUAN LÓPEZ SERRANO

SONETO

Sagrado y alto Príncipe, quel mando  
teneis de aquesta Iglesia justamente,  
providencia de Dios fué conviniente  
darle Pastor tan sancto, humilde y blando.  
Vuestros regalos propios olvidando  
dais toda vuestra renta largamente  
mirando la salud de tanta gente,  
que de Pastor en Padre os va trocando.  
De huérfanos, viudas y hospitales,  
de pobres y pobreza sois abrigo,  
y desto dais a todos clara muestra;  
y así por ver aquestas obras tales,  
el pobre luan de Dios buscó a su amigo:  
hallóos, y sale n luz a costa vuestra.

18

Carta de Catalina de Castro, madre del autor, al ilustrísimo reverendísimo señor don Ioan Méndez de Salvatierra, Arzobispo de Granada, del Consejo de su Majestad, etc.

El maestro Francisco de Castro, rector que fué, por comisión de vuestra Señoría ilustrísima, en el hospital de Juan de Dios desta ciudad, compuso la historia de la vida y suceso della, de aquel bendito hombre Ioan de Dios, quiriendo con esto satisfacer a la obligación y amor que tenía a aquella casa y hospital de pobres donde murió; y también para quel discurso de vida tan sancta y obras tan maravillosas fuesen un dechado y muestra viva, por donde los hermanos que le sucedieron ordenasen sus vidas, se gobernasen, rigiesen a imitarle en obras tan sanctas y piadosas, pues le sucedieron en el hábito y en la profesión. Quiso, Señor ilustrísimo, mi hijo en su vida dedicar esta obra a vuestra Señoría, como parece de su epístola dedicatoria. y después de su fallecimiento, yo por la misma causa y razón, como madre suya, a quien se le ha hecho merced por su Majestad de sacar a luz e imprimir este libro, he querido segunda vez

19

dedicarlo a vuestra Señoría. Porque, ¿a quién pudiera yo dedicar la historia de la vida de un pobre, sino al que tan de veras lo es, por remediar a los pobres; como se echa de ver en el gasto y arreo de su casa, tan pobre como el del que lo es más en esta ciudad? ¿A quién pudiera dirigir yo obra de pobre, mejor que al que no tiene otro nombre, ni el pueblo lo engrandesce con otro apellido, si no es con llamarle padre y amparo de los pobres; como se vee por las limosnas tan ordinarias, que siempre ha hecho y hace en esta ciudad y todo su arzobispado, con discreción grande y prudencia

maravillosa, conforme a la calidad y necesidad de los pobres? Alaban a vuestra Señoría ilustrísima los ricos y grandes, porque les quita el cuidado del remedio y sustento de los pobres y pequeños; y éstos lo engrandecen, porque con tan larga mano los sustenta.

Bien se ha echado de ver esto, Señor ilustrísimo, en la enfermedad que ha tenido en estos días pasados; así en el sentimiento que todos mostraban de ver a vuestra Señoría en tan gran riesgo y peligro, de que fué Dios servido librarle por las continuas oraciones, ayunos y deciplinas ordinarias de todo el pueblo; como también de las palabras que vuestra Señoría decía tan sentidas en su enfermedad, con las cuales a todos se le aumentaban la pena y dolor de ver a vuestra Señoría ya todo el pueblo en tanto aprieto, señal clara del amor grande y afición que tenía a los pobres; pues decía que no le pesaba tanto de morir y perder la vida, en la hora que Dios le llamaba, cuanto por entender que los pobres quedaban sin favor, solos y destituidos, en tiempo de tanta necesidad, y que los ricos habían de llevar de la hacienda de la Iglesia lo que per-

20

tenecía y era propio de los pobres. Suplico a vuestra Señoría ilustrísima reciba esta obra, que mi hijo, rector de los pobres del hospital de [Juan de] Dios, compuso en recompensa de la merced grande, que vuestra Señoría le hizo en vida, dándole con su autoridad favor y calor para que pueda ser estimada y divulgada, para exemplo de todos y consuelo de los pobres, viendo a tal ministro de pobres, como lo fué Juan de Dios, puesto debaxo de la protección de vuestra Señoría, cuyo principal oficio es ampararlos y favorecerlos. y en hacerlo así hará vuestra Señoría muy gran merced a mí, que también soy pobre, a quien vuestra Señoría ha hecho mucha merced y ha remediado muchas necesidades. De la cual alcanzará vuestra Señoría premio y galardón de nuestro Señor, que guarde y acreciente la vida de vuestra Señoría ilustrísima largos años con el acrecentamiento que todos los pobres, y especialmente yo, humilde siervo de vuestra Señoría, deseamos.

Ilustrísimo y reverendísimo Señor.

Beso los pies y manos de V. Señoría ilustrísima.

CATALINA DE CASTRO.

21

#### PROEMIO AL CRISTIANO LECTOR.

Grande ha sido por cierto, cristiano lector, el cuidado que desde el principio del mundo nuestro buen Dios y Señor siempre ha tenido dél. De que, así como ha proveido con grande abundancia de todas las cosas para el ornato, sustento y apacibilidad de la naturaleza criada, así y con más abundancia (como más principal) ha proveido de lo necesario a lo espiritual, así de doctrina y leyes sanctas como de hombres exemplares y de vida heróica y obras muy levantadas en toda suerte de estados, para que las executasen y sirviesen de maestras y modelos de donde los demás fieles sacasen y donde fuesen mirando para no errar y imitar y encaminar su vida con los exemplos vivos, para que con más facilidad y derechamente se prosiguiese este edificio espiritual, y todos pusiesen por obra los mandamientos del mismo Señor, con los cuales habían de alcanzar el fin para que fueron criados. Y así como tenia nuestro Señor tan liberalmente proveido de patriarcas y cabezas para todas las órdenes que en su Iglesia ha levantado, las cuales habían de ayudar a las almas

22

en lo espiritual, desarraigando vicios y plantando virtudes por medio de la predicación y sacramentos, parece que faltaba orden que particularmente se ocupase y fuese su instituto la hospitalidad, cura y sustento de los pobres, que tanto nuestro Señor encargó, por falta de la cual no

se curaban con aquella caridad y cuidado que convenía, ni se procuraba buscarlos con la diligencia que era menester de amonestaciones y sanctos exemplos, para que juntamente fuesen curados de las almas y de los cuerpos, como nuestro Redemptor hacía.

Esta nueva orden fué el mismo Señor servido de levantar en nuestros tiempos, por medio de un hombre baxo y despreciado a los ojos de los hombres; pero muy alto y estimado en los de Dios, pues mereció, por sus muchas y muy sanctas obras, llamarse de su apellido Ioan de Dios. El cual, renunciando perfectísimamente al mundo y todos sus halagos y pompas (como por el discurso de su vida parecerá), entró en él como otro David, del cual cuenta la divina Escritura, en el capítulo 17 del primer libro de los Reyes, que como con celo de la honra de Dios le diesen mucha pena las soberbias palabras que había oído, que el soberbio Goliat decía contra los exércitos de Dios, y habiéndose probado las armas del rey Saul, no hallándose hábil para pelear con ellas, se las desnudó, y con el hábito pastoril, cayado y cinco piedras en el zurrón, se fué a pelear cara a cara con el enemigo. Con las cuales armas y la ayuda del Señor, en quien confiaba, con facilidad dió con el enemigo en tierra y lo venció, y sacó de afrenta y aprieto al pueblo de Dios. Así este nuevo hombre, habiéndole

23

nuestro Señor hinchido del celo de su honra con la estraña conversión que con él hizo, y dándole mucha pena el desamparo de los pobres y necesitados, y lo mal que a esto se acudía por estar la caridad resfriada; y habiéndose desnudado de las armas de Saul, que fué todo la que en el mundo poseia, así bienes como honra y toda otra pretensión humana, entró en el campo deste mundo armado del cayado, que ordinario traía y traen sus sucesores, que es la Cruz, que con tan áspera penitencia echó sobre sus hombros, mortificando su carne y haciéndole servir al espíritu, y el zurrón con las cinco piedras y la honda, que fué la capacha y limosnas que con clamores y palabras vivas sacaba, para el bien principalmente de quien las daba y el alimento y cura de los pobres, con un nuevo modo, no oído, de decir: Hacé bien para vosotros mismos. Con las cuales armas y el ayuda del Señor, peleó tan valientemente con el adversario común de todos, que demás de ser medio de muchas y muy grandes obras de caridad, que en lo más de España por él se hicieron y se hacen, le sacó de las uñas muchas almas perdidas, movidas por su buen exemplo y aspereza de vida y sanctas amonestaciones, con que las persuadió eficazísimamente a dexar la mala vida y seguir a Cristo crucificado. y asimismo dexó instituida orden de compañeros, que con las mismas armas y celo se exercitasen en esta milicia, como hoy día se hace y hará con el ayuda de nuestro Señor siempre; pues está mucho más estendido y se dilata cada día este instituto y sancta obra. Este es, cristiano lector, el dechado vivo que nuestro Señor te pone delante, para que comiences a apren-

24

der de qué manera te has de haber primero contigo para que aproveches a los otros, y cómo has de exercitar las obras de caridad y misericordia, no sólo quitando lo superfluo y repartiéndolo a tus hermanos necesitados, mas desentrañandote en todo lo que en tí fuere, teniendo con ellos afecto más que de padre, para aprovechalles con exemplo, amonestaciones y otras, por amor de aquel Señor que tan de veras se desentrañó por tí y te dió todo lo que te pudo dar con liberalísima mano. y aprenderás también a saber cuan bien paga nuestro Señor, aun en esta vida, las obras que con amoroso corazón por él se hacen, y que a los que más se baxan y se humillan y ponen debaxo de los pies de todos, a esos levanta y da honra verdadera y nombre que no se acaba, como todo lo verás aquí bien debuxado. Sea su Majestad servido de darnos su lumbre, para que despreciando de veras todo esto presente y percedero, de tal manera imitemos los exemplos que para esto nos tiene dados, que merezcamos eternalmente velle y gozar de lo que para los tales tiene aparejado. Amen.

## FIN DEL PROEMIO

25

AL ILUSTRÍSIMO y REVERENDÍSIMO SEÑOR DON IOAN MÉNDEZ DE SALVATIERRA, ARZOBISPO DE GRANADA, DEL CONSEJO DE SU MAJESTAD, EL MAESTRO FRANCISCO DE CASTRO: GRACIA y FELICIDAD EN EL SEÑOR.

Habiendo determinado de sacar a luz, ilustrísimo y reverendísimo señor, la vida y maravillosos exemplos de Ioan de Dios, para la común utilidad y aprovechamiento de los fieles, claro dechado y exemplo de sus compañeros y que sucedieron en su oficio, parecióme por muchas razones dirigille a vuestra- Señoría, pues por justo derecho le pertenece, por ser padre, protector y cabeza desta su casa y orden, y que con particular amor paternal la mira y defiende, y provee con larga mano de la necesario al sustento de los pobres que en ella se curan, y personalmente los visita y da calor a los que en este ministerio se ocupan, para que con más fervor y caridad se empleen en el servicio de nuestro Señor, haciendo en esto con mucho cuidado su oficio pastoral, que particularmente se ha de mostrar aún en las ovejas que corporalmente están más flacas y macilentas y necesitadas de su ayuda y favor. Bien se infiere que hará lo mismo

26

en lo espiritual, y con más calor y deseo (como más principal) que es el procurar el aprovechamiento de las almas y enderezallas y encaminallas por tales pastos, que merezcan alcanzar los eternos.

Y como para esto sirva mucho la lición de los libros sanctos y exemplos vivos, para que los fieles se enciendan a imitallos, estoy bien cierto que vuestra Señoría dará de buena voluntad su auxilio y calor a esta obra como tal, y recibirá mi pequeño servicio y el trabajo que por amor del Señor, que fué verdadero dechado de todos, tomé para sacalle a luz. El cual guarde a vuestra Señoría con el aumento de sus divinos dones, que todos sus súbditos deseamos, para que siempre le sea agradable y le alcance. Amen.

27

## AL CRISTIANO LECTOR.

La mayor dificultad que se ofrece al que de nuevo quiere sacar a luz alguna historia verdadera, es averiguar la verdad y resucitalla; que con el discurso del tiempo está enterrada y puesta en olvido. Esto me ha sucedido a mí en esta obra; que aunque es poco el tiempo que ha pasado después que Ioan de Dios pasó desta vida, y hay muchos vivos que le conocieron, por haber faltado quien pusiese por escripto lo esencial de su vida, y por ser él hombre callado, que Pocas veces hablaba en cosas que no fuesen cerca de la caridad y remedio de los Pobres, no tenemos noticia de muchas cosas que a esta historia pertenecían, de muchas señaladas que le sucedieron después de su vocación por Dios, de que nos dan barruntos los que le conocieron, y no cierta relación para que se pueda escribir; más de que dicen (visto lo que dél se ha podido sacar en limpio) que muchas más cosas y muy notables sucedieron en su vida de que ya no se acuerdan: ¡Tanta es la fragilidad del tiempo! Y así, lo que aquí se pusiere es lo que con muy cierta averiguación y verdad se ha sabido. De lo

28

que principalmente nos hemos aprovechado es de un borrador que dexó un compañero suyo en todas sus peregrinaciones, hombre muy semejante a él en el espíritu, y que con estilo llano escribió

lo que se le acordaba como testigo de vista, y de otros dichos de personas de crédito que lo trataron y conocieron; y hemos dexado lo que no está tan averiguado, para que el prudente lector por lo escrito saque lo demás; porque más conviene que quede mucho por decir, que no decir lo que [no] tenemos por cierto.

## VALE

29

## CAPITULO I

### DEL NASCIMIENTO Y NATURAL DE IOAN DE DIOS.

En el año del Señor de mil y quinientos y treinta y ocho, reinando en España el Emperador Carlos quinto, y siendo Arzobispo de la ciudad de Granada don Gaspar de Ávalos, valeroso, prudente y buen pontífice, y que alcanzó felicidad en sus tiempos, de florecer en su obispado hombres señalados en sanctidad y virtud; entre los cuales fue uno, pobre, baxo y desechado en los ojos de los hombres, pero muy conocido y estimado en los de Dios, pues mereció llamarse de su apellido Ioan de Dios. El cual fue de nación portuguesa, de un pueblo llamado Montemayor el Nuevo, que es en el obispado de Évora en el reino de Portugal: nació de padres medianos, no ricos ni pobres del todo; crióse con sus padres hasta edad de ocho años, y de allí, sin sabello ellos, fue llevado por un clérigo a la villa de Oropesa, donde vivió mucho tiempo en casa de un buen hombre llamado el Mayoral. Como fue de edad suficiente, lo envió al campo en compañía de otros criados suyos que guardaban gana-

31

do; servía de llevar y traer bastimento y lo que era menester para los pastores con toda diligencia, porque como le faltaron los padres en tan tierna edad, procuró de agradar y servir a este buen hombre, en el oficio que está dicho y de pastor, todo el tiempo que en su casa estuvo, por donde le tenían mucha voluntad sus amos, y era querido de todos. Siendo mancebo de veinte y dos años le dio voluntad de irse a la guerra, y asentó en una compañía de infantería de un capitán llamado Ioan Ferruz, que a la sazón enviaba el Conde de Oropesa en servicio del Emperador para el socorro de Fonterrabía; cuando el Rey de Francia vino sobre ella; movido Ioan con deseo de ver el mundo y gozar de libertades, que comúnmente suelen tener los que siguen la guerra, corriendo a rienda suelta por el camino ancho (aunque trabajoso) de los vicios, donde pasó muchos trabajos, y se vio en muchos peligros. Estando, pues, en esta frontera, un día faltóles a él y sus compañeros la provisión; y como hombre mancebo y más diligente, ofrecióse a ir a buscar de comer a unas caserías o cortijos, que estaban de allí algo apartados; y para ir y volver con más brevedad subió en una yegua francesa, que de los contrarios habían tomado; y siendo como dos leguas apartado de las estancia de donde había salido, la yegua, reconociendo la tierra donde solía andar, arremetió furiosamente para entrarse en su natural, y como no llevaba freno más que un cabestro con que la guiaba, no pudo ser parte para detenerla; y tanto corrió por el halda de una sierra, que dio con él un gran golpe entre unas peñas, donde estuvo sin sentido más de dos horas, echando sangre por la

32

boca y por las narices y fuera de todo su sentido, como muerto, sin haber por allí quien le viese y socorriese en tanto peligro. Vuelto en sí atormentado de la caída que había dado, y visto que corría otro peligro no menor, de ser preso de los contrarios, se levantó lo mejor que pudo de tierra; no

pudiendo apenas hablar, se hincó de rodillas, los ojos puestos en el cielo, invocando el nombre de nuestra Señora la Virgen María, de que siempre fue devoto, comenzó a decir: Madre de Dios, sed en mi ayuda y favor y rogad a vuestro sancto hijo me libre deste peligro en que estoy, y no permita que sea preso de mis enemigos. Esforzóse algún tanto, y tomando un palo en las manos, que allí halló, con que se ayudaba a andar, se fue poco a poco adonde los compañeros estaban esperándole. Como lo vieron venir tan mal tratado, creyendo que los enemigos habían encontrado con él, le preguntaron cómo venía así. El les contó el caso de lo que le había acontecido con la yegua, y ellos le hicieron acostar en una cama, y le hicieron sudar con mucha ropa que le echaron encima, y así de ahí a pocos días guareció y estuvo bueno.

## CAPITULO II

### DE OTRO CASO QUE LE SUCEDIO A IOAN EN LA GUERRA, QUE FUE MEDIO DE DEXALLA.

No pasaron muchos días en que se vio en otro peligro mayor que éste; y fue, que su capitán le dio a guardar cierta ropa, que había tomado a unos soldados franceses, y descuidándose y no ponien-

33

do en ella buen recaudo, se la hurtaron; y sabiéndolo el capitán, recibió dello tanto enojo, que sin querer oír los ruegos de muchos soldados que por él rogaban, le mandó ahorcar de un árbol. Acertó a pasar por allí una persona generosa, a quien el capitán tuvo respecto, y sabida la causa le rogó, que no acabase de poner en ejecución lo mandado, y que no pareciese más adelante del capitán, y que se fuese luego del campo. Viendo Ioan el peligro en que andaba su vida, y el mal pago que el mundo daba a quien más le seguía, determinó de volverse a Oropesa en casa de su amo Mayoral, y tornar a la vida quieta de pastor que antes había tenido, pareciéndole cuan más segura era para todo que la de la guerra. Mucho contento recibió su amo con él, porque lo amaba como a hijo, por ser fiel y diligente y habello criado en su casa. Estuvo esta segunda vez con él sirviéndole cuatro años, al cabo de los cuales, como la juventud no suele reposar en los mozos, ni asentar con pocas experiencias, estando un día con sus compañeros en el campo con el ganado, supo cómo el Conde de Oropesa pasaba con gente a Hungría en servicio del Emperador, cuando fue a Viena a resistir la entrada por allí del Turco. Informado bien Ioan desto, determina pasar en la casa del Conde, como en efecto pasó, no se le acordando ya de lo que había pasado en Fonterrabía. Todo el tiempo que el Conde estuvo en Hungría en el campo del Emperador sirvió Ioan con mucha diligencia en su casa, de manera que era amado de todos. Fenecida la guerra y retirado el Turco, se volvió con el Conde por mar a España, y desembarcando en el puerto de la Coruña vino a Oropesa, y Ioan desembarcó con él.

34

## CAPITULO III

### COMO VOLVIO A SU TIERRA IOAN DE DIOS, Y LO QUE LE SUCEDIO.

Así como el Conde desembarcó, tuvo gran deseo Ioan de ir a su tierra, porque le pareció desde allí cómodo camino, y porque nunca más allá había tornado después que della salió siendo niño, y por saber de sus padres y parientes. Se puso en camino y llegó a Montemayor el Nuevo, y preguntando por sus padres, ninguno de sus parientes le conocía, como había salido tan pequeño de la tierra, ni le sabían dar razón dellos, porque aun los nombres de sus padres no sabía; y andando de unos en otros,

topó un tío suyo, viejo honrado y de buena vida, y hablando con él y por las señas que daba de sus padres y en la physonomía del rostro le conoció, y preguntó qué había sido dél después que salió de aquella tierra. Ioan de Dios se lo contó, y le dio parte de todo lo sucedido después que le sacaron de casa de su padre; y habiendo hablado los dos gran parte del día, preguntándose el uno al otro, le dixo el tío: Hijo, habeis de saber que vuestra madre falleció de ahí a pocos días que a vos os sacaron desta tierra, y según fue su dolor y pena que sintió de vuestra ausencia, y de no saber quién os había llevado ni dónde ni cómo, siendo tan chico, entendimos todos que la pena desto había acortado tan presto sus días y fue la principal causa de su muerte; y de vuestro padre, de ahí a pocos días, como se vio sin mujer y sin hijos, se fue a Lisboa donde se metió en un monasterio y

35

recibió el hábito del señor san Francisco, y en él acabó muy sanctamente sus días. Por tanto, si vos, hijo, queréis reposar en esta tierra y estar en mi casa, yo os favoreceré y tendré en lugar de hijo todo el tiempo que quisiéredes mi compañía, como lo vereis por la obra. Mucho sintió Ioan de Dios la muerte de sus padres, y especial por parecelle que había él sido parte de sus trabajos, y bien lo mostraba llorando y diciendo muchas lástimas, que provocaba a lágrimas de su tío, y así le agradeció mucho esta voluntad y lo que que por él había hecho; y viéndose sin padres y solo y no conocido de sus deudos, después de pasado gran rato, le dixo: Señor tío, pues Dios fue servido de llevarse a mis padres, mi voluntad es de no quedar en esta tierra, sino de buscar a donde sirva a nuestro Señor fuera de mi natural, como mi padre lo hizo, y dello me dexó tan buen exemplo; y pues he sido tan malo y pecador, razón es que, pues el Señor me ha dado vida, que la que fuere la emplee en hacer penitencia y serville; que yo confío en mi señor Iesu-Cristo que me dará su gracia para que este deseo le ponga muy de veras en execución; por tanto deme su bendición y encomiéndeme mucho a Dios que me tenga de su mano, y nuestro Señor le pague la buena voluntad y recibimiento que en su casa me ha hecho. Y el tío le dio su bendición, y abrazándose los dos se despidieron no sin abundancia de lágrimas, y mirando al cielo el buen viejo le dixo: Señor, que ha de favorecer muy de veras vuestros buenos deseos, y que las oraciones de vuestros buenos padres os han de ayudar mucho para que les vais a tener compañía.

36

#### CAPITULO IV

##### DE LO QUE DESPUES DESTO LE SUCEDIO A IOAN DE DIOS.

Despedido ya del tío y recibida su bendición, se vino para el Andalucía, y en tierra de Sevilla asentó por ganadero de una señora de ganado, donde estuvo algunos días exercitándose en aquel oficio; que como se había criado en él, tenía más afición que a otro ninguno. Y así parece que nuestro Señor le quiso exercitar en estos dos oficios algún tiempo, de pastor y de la guerra, los cuales son muy apropiados, y se ofrecen muy a la mano, especial el de la guerra, a la vida espiritual; que es tan propia a ella, que bien echa de ver el hombre, en comenzándola, que no le conviene jamás dexar las armas de la mano, peleando a todas horas con demonio, mundo y carne, como bien lo hizo Ioan; se exercitó en el de pastor, siéndolo y caudillo de tantos pobres y miserables, procurándoles con tan buena industria el pasto espiritual y temporal y la cura de sus cuerpos. Y así decía él, que le daba gran dolor, cuando estando en casa del Conde de Oropesa vía en la caballeriza los caballos gordos y lucios y bien encubertados, y los pobres flacos y desnudos y mal tratados; y él entre sí decía: Y cómo, Ioan, ¿no será mejor que entiendas en curar y apacentar los pobres de Iesu-Cristo, que no bestias del campo? Y suspirando decía: Dios me traiga a tiempo que lo haga. Y con este vehemente deseo, y como por entonces no vía el camino que nuestro Señor le había

37

de dar para serville (aunque le había dado la voluntad), andaba triste y no tenía sosiego ni reposo, ni le daba contento ya el guardar las ovejas. Y así, después que estuvo algunos días con esta señora, un día, estando pensando qué haría para dexar el mundo, le dio gran voluntad de pasar a las partes de Africa y ver aquella tierra y estar algún tiempo en ella, y luego lo puso por la obra; y despidiéndose de su ama se fue para Gibraltar, que es frontera de Ceuta, y como nuestro Señor le encaminaba para que, con algunas obras de caridad heroicas en que se exercitase, mereciese algo de la merced que le había de hacer, enderezóle a que topase en Gibraltar un caballero portugués que topó; el cual con su mujer y casa y cuatro hijas doncellas pasaba a Ceuta, desterrado por el Rey de Portugal por ciertos delictos que había cometido, por los cuales le había quitado toda su hacienda y mandado que sirviese en aquella frontera ciertos años. Pues como hablase con él y le contase su intención, él se ofreció de llevarle y hacelle muy buen tratamiento, y pagárselo muy bien. Desta manera concertados los dos, se embarcaron y llegaron a Ceuta.

## CAPITULO V

### DE LO QUE LE SUCEDIO A IOAN DE DIOS HASTA VOLVER A ESPAÑA.

Como hobieron todos llegado a Ceuta, de tal manera probó la tierra a este caballero y a su casa que así por esto es de creer, como por la pena grande que tenían de verse desterrados y pobres, todos

38

cayeron malos. Lo cual fue causa de acabar de gastar lo poco que traían y verse en suma necesidad; de manera que les fue forzado pedir socorro a Ioan de Dios, que aunque flaco, por entonces fue el mayor que se les ofreció, según el lugar y el tiempo. Y así, acordó el caballero de llamar a Ioan en secreto y descubrielle toda su necesidad, representándole cuan forzoso era, por acudir a aquellas pobres doncellas honestas y que se habían criado en abundancia, y rogándole, pues todos no tenían otro remedio, que le pluguiese de ir a trabajar a las obras del Rey, que a la sazón se hacían en la misma Ceuta, de la fortificación de unas murallas. y que de lo que le diesen comerían todos. Oídas por Ioan estas razones (que de suyo movían tanto, y especial el corazón de Ioan, que y lo estaba mucho para cualquiera obra que conocía ser servicio de nuestro Señor, y de qué se agradaba) fueron para él de tanta persuasión, viendo que le abría camino para su deseo, que a la hora se le ofreció muy de voluntad a hacello como se le pedía; y así lo hizo todo el tiempo que en su casa estuvo, dándole cada noche el jornal que ganaba de buena voluntad, viendo que con él se mantenían aquellas pobres doncellas y sus padres. Y (si) acontecía, que Ioan por algún impedimento no iba a trabajar o no lo traía, habiendo trabajado, por no dárselo, no lo comían, y así pasaban con mucha paciencia sin dar cuenta a nadie. Era tan buena esta obra, y al parecer tan accepta a nuestro Señor, que algunas veces decía Ioan de Dios, que entendía que nuestro Señor por su mucha bondad le había encaminado a que se exercitase aquel tiempo en aquella obra para que mereciese algo de la merced que después le había hecho.

39

Viendo, pues, el demonio, nuestro adversario, el fructo desta buena obra ser tal para el que la hacía y lo que la recibían, procuró impedille con su acostumbrada malicia; y fue así, que siendo la gente que andaba en las obras maltratada de los ministros del Rey, así de obras como de palabras, como si fueran esclavos, y no pudiendo ellos, por ser frontera, usar de su libertad e irse a tierra de cristianos,



algunos de mal sufridos, y como es de creer, de malas costumbres, se iban a tornar moros huyendo a Tituán, que está cerca; entre los cuales fue un compañero de Ioan, con quien había trabado amistad, que sin dalle parte de nada, engañado del demonio, se huyó y se fue a tornar moro. Fue tan grande el dolor que Ioan de Dios sintió de la desventura de su compañero, que no hacía sino llorar y gemir; diciendo: Oh ¡pobre de mí!, qué cuenta daré yo deste hermano, que así se ha querido apartar del gremio de la sancta Madre Iglesia, y negar la verdad de su fee, por no querer sufrir un poco de trabajo! Y ocupado su entendimiento en esta imaginación, y persuadiéndose el demonio que por su culpa había ido, y él no resistiéndole por su flaqueza, vino casi a persuadille que desesperase de poderse salvar, y a que hiciese otro tanto como su compañero. Mas nuestro buen Señor, que tenía puestos los ojos en él y le guardaba para mayores cosas, acorrióle a la mayor necesidad (como es su costumbre) y tuvo por bien de abrille los ojos del alma, y dalle a entender el peligro en que estaba, y proveelle del remedio necesario, que fue guialle al médico espiritual, el cual él ya había pedido con muchas lágrimas y sospiros invocando el favor de la Virgen nuestra Señora; y fuese a un monasterio de la orden de sant Francisco, que

40

hay allí en Ceuta, y topóle nuestro Señor un fraile docto y de buena vida, con el cual confesó muy de espacio, y le descubrió sus llagas, y él le dio el remedio que por entonces convenía, mandándole expresamente, entre otras cosas, que luego se fuese de aquella tierra, y se pasase a España para amatar de todo punto aquella diabólica tentación, que como tan importante convenía remedio eficaz. El cual lo supo luego por obra lo más aina que pudo (aunque haciéndosele bien de mal) viendo la falta que a sus amos haría; pero, viendo que convenía, lo pospuso todo, y se fue a ellos y les dixo, que aquella jornada convenía a la salud de su ánima, y que no podía escusarse; que le perdonasen, que él quisiera hacelles aquel servicio, con la voluntad que hasta allí, que confiasen en él y le diesen licencia. No se puede decir lo que padre y hijos sintieron esta nueva; y visto que no se escusaba, llorando todos se la dieron, y le dixerón que al Señor pluguiese de dalle siempre el socorro en sus cosas que él les había dado, y así hallase su ayuda; y con tanto se despidió de ellos, y se embarcó y vino para Gibraltar.

41

## CAPITULO VI

### DE LO QUE SUCEDIO A IOAN DE DIOS HASTA SU CONVERSION POSTRERA A DIOS.

Luego que desembarcó Ioan de Dios en Gibraltar se fue a una iglesia, y hincado de rodillas delante la imagen de un Crucifixo, dio muchas gracias a nuestro Señor, diciendo: Bendito seais vos, Señor, que es tanta vuestra bondad, que a un tan gran pecador como yo, y que tan mal os lo ha merecido tuvistes por bien el libralle de un engaño tan grande y tentación en que por mis grandes pecados caí, y traerme a puerto de seguridad, donde procuraré con todas mi fuerzas serviros, dándome vos vuestra gracia; y así os suplico cuanto puedo, Señor mío, me la deis y no apartéis de mí los ojos de vuestra clemencia, y tengais por bien de enseñarme el camino por donde tengo de entrar a serviros y ser para siempre vuestro esclavo, y dad ya paz y quietud a esta alma, en que halle lo que tanto desea y con tanta razón; pues sois, Señor, dignísimo de que vuestra criatura os sirva y alabe, y se entregue a vos de todo su corazón y voluntad. Estuvo allí algunos días, en lo cuales se preparó y hizo una confesión general, y de continuo se entraba en las iglesias a orar cuando le vagaba, y pedía siempre a nuestro Señor, muy de corazón y con lágrimas, perdón de sus pecados, y que le encaminase en lo que le había de servir. Iba siempre a trabajar a lo que hallaba; y como se contentaba con poco sustento, ahorraba del jornal, y así llegó

42

algunas blanquillas, con que compró algunos libros devotos y cartillas e imágenes de papel, para volver a vender yendo por los lugares comarcanos de uno en otro, pareciéndole que en este oficio viviría con más quietud y más virtuosamente que hasta allí, y que con él aprovecharía a todo género de gente; porque compraba también algunos libros profanos, y cuando alguno llegaba a comprar alguno dellos, tomaba aquello por ocasión para decille que no le comprase sino uno devoto y bueno; así los persuadía y amonestaba a que leyesen buenos libros, y les daba algunos buenos documentos y especial a los niños. Con este pío ardid les amonestaba muy buenas cosas, y después daba más de buen precio el devoto libro y porque le comprasen, y infamado su mercadería temporal por vender la espiritual, por el interese eterno que de allí pretendía; y lo mismo hacía on las imágenes, persuadiendo a todos y diciendo, que nadie estuviese sin ellas, para avivar de continuo la devoción viéndolas, y la memoria de lo que en ellas nos despiertan y representan, y las cartillas para que enseñasen a sus hijos la doctrina cristiana; y tenía en esto tan buena gracia y era tan humano y afable a todos, que muchos compraban lo que no pensaban, por lo que él les decía con buena gracia y amor; y así, con esto en poco tiempo vino a aumentar el caudal espiritual y temporal; porque demás de las buenas obras que en esto hacía, haciendo a muchos que leyesen buenos libros (que cosa notoria es cuan gran bien dello resulte), también aumentó el caudal de los libros, que vino a tener más y mejores; y pareciéndole mucho trabajo andar siempre con el hato a cuestras y de lugar en lugar, determinó de venir a

43

Granada y vivir en ella de asiento; y así lo puso por obra, y se vino a ella de edad de cuarenta y seis años, y tomó casa y puso tienda en la puerta Elvira, donde estuvo usando su oficio hasta que nuestro Señor fue servido de llamarle para que sirviese en otro mejor.

## CAPITULO VII

### DE LA CONVERSION DE IOAN DE DIOS PARA EL SEÑOR.

Estando, pues, el buen Ioan de Dios muy descuidado tratando en su oficio, el Señor, que no lo estaba de la merced que le había de hacer, se acordó dél, volviendo sus ojos de misericordia sobre él, y levantándole para otro oficio diferente; haciéndole, de gran pecador, gran penitente y justo, y despensero de sus pobres. Y fue así, que el día del bien aventurado mártir sant Sebastián, en la ciudad de Granada se hacía entonces una fiesta solemne en la ermita de los Mártires, que es en lo alto de la ciudad frontero del Alhambra; y sucedió predicar un excelente varón, maestro en theología, llamado el maestro Avila, luz y resplandor de sanctidad, prudencia y letras de todos los de aquel tiempo, y tal, que por su buen exemplo y doctrina en toda España hizo nuestro Señor gran fruto en las almas, en todos géneros de estados de gentes, tanto, que desto requeriría muy particular historia. Y como sus sermones fuesen tales y tan famosos, seguíale, con mucha razón, gran número de pueblo, y así fue aquel día; y entre los demás fue Ioan de Dios a oille. Y como la tierra de su alma estuviese

44

algún tanto dispuesta, por las confesiones y exercicios de caridad que tenemos dicho en que se exercitaba, de tal manera frutificó la semilla de la palabra de Dios en ella, que oídas aquellas razones vivas de aquel varón, en que engrandecía el premio que el Señor había dado a su sancto

mártir, por haber padecido por su amor tantos tormentos, sacando de aquí lo que se debía poner un cristiano por servir a su Señor y no ofendelle, y padecer a trueque desto mil muertes; y ayudado con la gracia del Señor, que dio vida a aquellas palabras, de tal manera se le fixaron en sus entrañas y fueron a él eficaces, que luego mostraron bien su fuerza y virtud. Porque, acabado el sermón, salió de allí como fuera de sí, dando voces pidiendo a Dios misericordia, y en menosprecio de sí (aquel que ya de veras estimaba lo que es de estimar) se arrojaba por el suelo dándose cabezadas por las paredes, y arrancándose las barbas y las cejas, y haciendo otras cosas, que fácilmente sospecharon todos que había perdido el juicio. Y él, dando saltos y corriendo con las mismas voces, comenzó a entrar por la ciudad, siguiéndole mucha gente y especial muchachos, dándole grita: ¡al loco, al loco!, y él siguiendo su camino, hasta llegar a su posada, donde tenía la tienda y caudal. Y llegado que fue, echó mano de los libros que tenía, y los que trataban de caballerías y cosas profanas hacíalos con las manos muchos pedazos y con los dientes, y los que eran de vidas de sanctos y buena doctrina, dábalos libremente de gracia al primero que se los pedía por amor de Dios; y lo mismo hizo de las imágenes y de todo lo demás que en su casa tenía; y como no faltasen menos al recibir, en breve tiem-

45

po quedó sin caudal y desnudo de todos bienes temporales; porque no paró sólo en eso, sino los vestidos que tenía encima de sí dio también, desnudándose los y dándolo todo, que no le quedó sino la camisa y unos zaragüelles, que reservó para cubrir su desnudez. Y así desnudo, descalzo y descaperuzado, siguió otra vez por las calles más principales de Granada dando voces, queriendo, desnudo, seguir al desnudo Iesu-Cristo, y hacerse del todo pobre, por el que siendo la riqueza de todas sus criaturas, se hizo pobre por mostralles el camino de la humildad. Así, Ioan, desta manera fue pidiendo misericordia al Señor por las calles; y siguiéndole mucha gente por ver las cosas que hacía llegó a la iglesia mayor, donde puesto de rodillas comenzó a dar voces diciendo: ¡Misericordia, misericordia, Señor Dios, deste grande pecador que os ha ofendido!; y arañándose la cara y dándose bofetadas y golpes con el cuerpo en tierra, no cesando de llorar y dar gritos y pedir a nuestro Señor perdón de sus pecados. Fue tanto lo que desto hacía, que visto por personas honradas, y movidas de compasión, considerando que no era locura, como el común juzgaba, lo levantaron del suelo, y animándole con palabras amorosas lo llevaron a la posada del padre Avila, por cuyo sermón se había convertido, y le contaron todo lo que le había sucedido después del sermón. Y él mandó salir fuera toda la gente que con él venía, y se quedó en el aposento a solas con él, y Ioan de Dios se hincó de rodillas a su pies, y después de habelle dado breve relación del discurso de su vida, con grandes muestras de contrición le manifestó sus pecados, y le dixo que le recibiese debaxo de su

46

amparo y consejo, pues por medio suyo le había el Señor comenzado a hacer tantas mercedes; que él desde aquella hora le tomaba por su padre y profeta del Señor, y estaba aparejado a obedecelle hasta la muerte.

## CAPITULO VIII

### DE LO QUE DESPUES SUCEDIO A IOAN, Y COMO FUE TENIDO POR LOCO.

El padre maestro Avila daba muchas gracias a nuestro Señor de ver las grandes muestras de contrición del nuevo penitente, y lo que mostraba sentir el haber ofendido a nuestro Señor; y él le concedió y le admitió por hijo de confesión desde entonces, y se ofreció que tendría cuidado de

aconsejalle lo que le conveniese, diciéndole: Hermano Ioan, esforzaos mucho en nuestro Señor Iesu-Cristo, y confiá en su misericordia, que el que comenzó esta obra la acabará, y sed fiel y constante en lo que comenzastes; no volvais atrás ni os dexéis rendir del demonio; sabed que lo que pelean como buenos caballeros en la milicia de este Señor hasta la fin, se gozarán con él en la gloria, y los que volvieren las espaldas como cobardes caerán en manos de sus enemigos, y perecerán para siempre; y cuando os sintiéredes desconsolado y afligido (que no puede ser menos) de algunos trabajos y tentaciones, que suelen suceder a los que nuevamente comienzan a pelear las batallas del Señor, veníos a mí, que sabiendo los golpes y heridas que más os dan pena, y las asechanzas con que más os

47

combate el adversario, con la gracia y favor de nuestro Señor llevareis medicina saludable con que sea curada vuestra ánima, y nuevas fuerzas para pelear contra vuestros enemigos; e id en hora buena, con la bendición de Dios y la mía; que yo confío en el Señor que no os será negada su misericordia. Salió Ioan de Dios tan consolado y animado de las palabras y buenos consejos de aquel sancto varón, que de nuevo cobró fuerzas para menospreciarse y mortificar su carne, y desear ser de todos tenido y estimado por loco y malo y digno de todo menosprecio y deshonor, por mejor servir y agradar a Iesu-Cristo, que sólo en sus ojos vivía, y mejor encubrir con esta sancta cautela la gracia que de su mano había recibido. Y para esto tomó por medio, en saliendo de con el padre Avila, irse a la plaza de Bivarrambla, y en un lodazal que allí estaba, se metió todo y se envolvió en él, y puesta la boca en el cieno, comenzó a grandes voces a confesar delante de todos los que le miraban (que era asaz gente), cuantos pecados se le acordaron, diciendo: Yo he sido grandísimo pecador a mi Dios, y le he ofendido en esto y en esto; pues un traidor que tal ha hecho, ¿qué merece?, que de todos sea herido y maltratado, y tenido por lo más vil del mundo, y echado en el cieno y lodo, donde se echan las inmundicias. Toda la gente del vulgo, como vio esto, no creyeron sino que había perdido el juicio; mas como él estaba ya inflamado de la gracia del Señor, y deseaba morir por él, y ser corrido y menospreciado de todos, para que lo pusiesen por obra, salido de el lodo, comenzó a correr, así como estaba, por las calles más principales de la ciudad, dando saltos y haciendo muestras

48

de loco. Y como los muchachos y gente común lo vieron, comienzan a seguille y dalle grita grande tropel dellos, y tirábanle tierra y lodo y otras muchas inmundicias; y él con mucha paciencia y alegría, como si fuera a fiestas, sufriendolo todo, paresciéndole gran dicha llegar al cumplimiento de sus deseos, que era padecer algo por el que tanto amaba, y sin hacer mal a nadie. Llevaba un cruz de palo en las manos, y daba a besar a todos, y diciéndole cualquier persona que besase la tierra por amor de Iesús, luego obedecía y lo hacía, aunque hobiese mucho lodo y se lo mandase un niño. Esto hizo algunos días con tanto hervor, que muchas veces caía en tierra de cansado y molido de la grita y empellones y pescozadas que le daban; porque él se daba tan buena maña a fingir la locura (que realmente fue de casi todos tenido por loco), y estaba tan flaco, del continuo trabajo que todos le daban y del poco comer, que no se podía tener en los pies; y con todo esto no se hartaba de oprobios, ofreciendo con alegre rostro (sin quejarse ni contradecir) su cuerpo a las pedradas y golpes que los muchachos le tiraban. Y viéndolo dos hombres honrados de la ciudad, compadeciéndose dél, lo tomaron por la mano, y sacándolo de entre el tumulto del pueblo, lo llevaron al hospital Real, que es do recogen y curan los locos de la ciudad, y rogaron al mayordomo tuviese por bien de recibillo y hacello curar, y metello en un aposento donde no viese gente y reposase, que quizá así sanaría de aquella locura que le había dado. Pues como el mayordomo lo

había visto andar por la ciudad y el trabajo que había pasado, luego lo recibió, y mandó a un enfermero lo metiese dentro; y visto como venía tan

49

maltratado, la ropa hecha pedazos, y lleno de heridas y cardenales, de los golpes y pedradas, luego lo pusieron en cura; y aunque a los principios procuraron de hacelle algún regalo para que volviese en sí y nos desfalleciese, como la principal cura que allí se hace a los tales sea con azotes, y metellos en ásperas prisiones y otras cosas semejantes, para que con el dolor y castigo pierdan la ferocidad y vuelvan en sí, atáronle pies y manos, y desnudo, con un cordel doblado le dieron una buena vuelta de azotes. Mas como su enfermedad era estar herido del amor de Iesu-Cristo, porque por su amor le diesen más azotes y le tratasen peor, les comenzó a decir desta manera: ¡Oh traidores enemigos de virtud! ¿porqué tratais tan mal y con tanta crueldad a estos pobres miserables y hermanos míos, que están en esta casa de Dios en mi compañía? ¿No sería mejor que os compadeciédeses dellos y de sus trabajos, y los limpiádeses y diédeses de comer con más caridad y amor que lo haceis; pues los Reyes Católicos dexaron para ello cumplidamente la renta que era menester? Pues como los enfermeros oían esto, pareciéndoles loco malicioso, y deseándole curar de lo uno y de lo otro, añadían a la disciplina recios azotes, más que a los otros que sólo estimaban por locos. Y él, no por eso dexaba, debaxo de aquel color, de reprehendelles de los descuidos en que entendía que caían, lo cual todo le libraban en doblalle la ración en azotes; y así por este medio padeció mucho más de lo que se puede decir, ofreciéndolo todo en su corazón a aquel por cuyo amor lo padecía, y por quien había tomado aquella empresa.

50

## CAPITULO IX

### COMO EL PADRE AVILA ENVIO A VISITAR Y CONSOLAR A IOAN DE DIOS AL HOSPITAL.

Sabido el maestro Avila, que Ioan de Dios estaba en el hospital Real preso por loco; como aquel que sabía bien la causa de su enfermedad y locura, enviólo luego a visitar con un discípulo suyo, enviándole a decir, que se holgaba mucho de todo su bien, en ver que comenzaba a padecer alguna cosa por amor de Iesu-Cristo; que le rogaba de su parte, por el mismo Señor, hiciese como buen soldado animoso, poniendo la vida por su Rey y señor; y que todos los trabajos que su Majestad le enviase, los recibiese con humildad y paciencia, y que si consideraba lo que nuestro Redemptor padeció en la cruz, cualquiera tormento le parecería liviano, y decíale más: Ensayaos, hermano Ioan, ahora que teneis tiempo, para cuando salgais a pelear contra los tres enemigos por el mundo y confiá en el Señor, que no os desamparará. Por gran favor y consuelo tenía el hermano Ioan, que su buen padre el maestro Avila le enviase a visitar y se acordase dél, estando en aquella prisión olvidado de todos; y que él solo, después del Señor, le tuviese en la memoria para consolalle en sus trabajos; y así lloraba de alegría que sentía desta merced que el Señor le hacía, y respondióle así: Decidle a mi buen padre, que Iesu-Cristo le visite y le pague la buena obra que siempre me hace; que aquí está su esclavo, ganado por buena guerra, esperan-

51

do en la misericordia del Señor, y que soy siervo malo y sin provecho; que por amor de nuestro Señor, que no me olvide de encomendarme a su Majestad en sus oraciones, que con esto viviré contento y esperaré no me faltará su socorro. Con estas y semejantes palabras se visitaban los dos

secretamente, y se entendían el uno al otro. Los enfermeros del hospital tenían mucha cuenta con él, y de cuando en cuando, como le vían alterado y él les daba la ocasión (como está dicho), no dexaban de dalle sus disciplinas, como a los demás, con intención de velle sano, y él lo recibía alegremente, y les decía: Dadle, hermanos, a esta carne traidora, enemiga de lo bueno, que ella ha sido causa de tomo mi mal; y pues yo la obedecí, razón es que paguemos los dos, pues los dos pecamos. Y viendo castigar los enfermos que estaban locos con él decía: Iesu-Cristo me traiga a tiempo y me dé gracia para que yo tenga un hospital, donde pueda recoger los pobres desamparados y faltos de juicio y servirles como yo deseo. Y así se lo cumplió nuestro Señor muy cumplidamente, como después se dirá. Pasados algunos días, que Ioan de Dios estuvo en el hospital padeciendo estos trabajos y otros muchos, para mejor disimular y poner en ejecución la voluntad y ansia que tenía de servir a nuestro Señor en sus pobres, y pareciéndole ya tiempo, comenzó a mostrar que estaba quieto y sosegado, y a dar gracias a Dios con lágrimas y suspiros, y decir: Bendito sea nuestro Señor, que ya me siento sano y libre, y mejor que yo merezco, del dolor y angustia que en mi corazón sentía los días pasados. El mayordomo y oficiales recibieron mucho placer de velle más reposado y oille decir estaba mejor; y así

52

luego le quitaron las prisiones, y le dieron libertad que anduviese suelto por la casa; y él se comidió luego, sin esperar a que le dixesen algo, a servir a los pobres en todos los oficios con mucho amor, fregando y barriendo y limpiando los servicios. Los enfermeros recibían mucho contento en velle, que libre de tal enfermedad tan bien había cobrado el juicio, que a todos les precedía en la caridad y diligencia con que a los pobres servía; y así daban gracias a nuestro Señor.

## CAPITULO X

### DE COMO IOAN DE DIOS FUE A NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE EN ROMERIA.

Empleándose Ioan de Dios en lo que está dicho, y estando un día sentado a la puerta del hospital, pensando en sus trabajos y en las mercedes que de nuestro Señor había recibido, mirando el campo, día de las once mil Vírgines, vio pasar por delante del hospital mucha gente a caballo y grande clerecía y otras personas religiosas, que traían y acompañaban el cuerpo de la Emperatriz, mujer del Emperador Carlos V, para dalle sepultura en la Capilla Real de Granada, que entonces había pasado desta vida presente. Y informado de lo que era, y nuevamente estimulado con aquel espectáculo, dióle gran voluntad de salir luego del hospital y poner por obra sus buenos deseos, que era de servir a nuestro Señor y a los pobres, y buscalles de comer, y recoger los desamparados y peregrinos; porque en aquel tiempo (como tierra poco ha-

53

bía ganada) aún no había hospital donde se recogiesen en la ciudad. Y con esta determinación se fue al mayordomo y le dixo: Hermano, nuestro Señor Iesu-Cristo le pague la limosna y caridad que en esta casa de Dios se me ha hecho el tiempo que aquí he estado enfermo; ahora, bendito nuestro Señor, me siento bueno y sano para poder trabajar; por tanto, por amor de Dios, me dé licencia para irme si él manda. Yo quisiera, dixo el mayordomo, que estuviérades algunos días más en casa, para que convaleciérades y tomárades fuerzas, que estais muy flaco y maltratado de el trabajo pasado; pero, pues nuestra voluntad es de iros, andad con la bendición de Dios, y llevad una cédula mía con vos para que la gente que os viere no os vuelva al hospital, creyendo que no estáis libre de la dolencia pasada, y que podais ir libremente donde quisiéredes. El la recibió con toda humildad, dándole contento de quedar en aquella opinión de que todos lo hobiesen juzgado por verdadero

loco. Despedido Ioan de Dios de todos los de la casa, que en gran manera le amaban, muy roto y mal tratado el vestido, y descalzo y descaperuzado, tomó luego el camino de nuestra Señora de Guadalupe, y se fue para allá a visitar a la Virgen nuestra Señora, y dalle gracias de las ayudas y mercedes pasadas, y pedille nuevo socorro y ayuda para la nueva vida que pensaba hacer; porque decía que siempre había sentido su manifiesto favor y ayuda en todos sus trabajos y necesidades. En este camino padeció muchos trabajos de hambre, frío y desnudez, como era en lo recio del invierno y él no llevaba dinero, habíalo de pedir para comer, y como iba descalzo. Y con todo eso, por no ir ocio-

54

so, siempre llevaba estilo, cuando llegaba al lugar donde había de comer o parar, de llevar un haz de leña a cuestas, y íbase derecho al hospital, si le había, y allí lo llevaba para lo pobres y luego se iba a pedir lo que le bastaba para mantenerse con asaz austeridad. Llegado fue a Guadalupe, entró en la iglesia de rodillas, y con mucha devoción y lágrimas ofreció a nuestro Señor sus necesidades, y le dio gracias por lo que había recibido, y confesó y comulgó, y estuvo allí algunos días ocupado en oración, hasta que le pareció tiempo de volverse.

## CAPITULO XI

### COMO IOAN DE DIOS VOLVIO A GRANADA, Y POR CUYO CONSEJO.

Concluída Ioan su romería, se volvió camino de Granada, y llegando a Baeza tuvo noticia que su buen maestro el padre Avila estaba allí predicando, como lo hacía en otras ciudades y pueblos; y sabido, luego le fue a visitar y dar parte de su camino, y él lo recibió con mucho contento; y estando algunos días con él, le dixo al cabo dellos, habiendo tomado su consejo de lo que debía hacer: Hermano Ioan, cumple que volvais a Granada, donde fuistes llamado del Señor, y él, que sabe que vuestra intención y deseo, os encaminará el modo como le habeis de servir; tenedle siempre delante en todas vuestras cosas, y considerad que os está mirando, y obrad como en presencia de tan gran Señor; y en llegando a Granada, tomad luego un

55

confesor que sea tal cual yo os he dicho, y sea vuestro padre espiritual, sin cuyo consejo no hagais cosa que sea de importancia, y cuando se os ofreciere cosa en que os parezca que habeis menester mi consejo, escribidme donde yo estuviere, que yo haré con vos en todo lo que soy a la caridad obligado con el ayuda de nuestro Señor. Con esto se despidió dél y se vino para Granada; y en llegando a la ciudad, que era por la mañana, después de haber oído misa se fue al monte por un haz de leña, y vuelto con él en la ciudad, que vencido della, jamás pudo pasar de la puerta de los Molinos, que está bien distante del comercio de la ciudad, y así se lo dio allí a una pobre viuda, que le pareció que tenía necesidad. Otro día, avergonzando de la cobardía del día de antes, se levantó bien de mañana, y oída misa, se fue por otro haz de leña a la sierra, y en llegando con él a la ciudad, le comenzó a dar la misma vergüenza que el día pasado; y él, aguijándose y pasando delante, comenzó a decir a su cuerpo: Vos, don asno, que no quisistes entrar en Granada con la leña, de vergüenza y honra, ahora la perdereis y llevareis hasta la plaza mayor, adonde de todos los que os conocen seais visto y conocido, y perdais el brío y soberbia que teneis. Y así se fue hasta la plaza, donde como lo vieron con su leña, donde no le habían visto desde la locura; y algunos, amigos de reir y burlar, le decían: ¿Qué es esto, hermano Ioan, ya os habeis hecho leñador? ¿Cómo os fue en el hospital Real con los enfermeros? No hay quien os entienda; cada día mudais de oficio y manera de vivir. Y desta manera

56

burlaban dél con otras palabras los mozos ociosos. El alegremente lo recibía sin enojarse de nada, antes con risa les respondía, por participar de su contento y no desechar su ganancia: Hermanos, este es el juego de birlimbao, tres galeras y una nao, que mientras (más) viéredes menos habeis de aprender. Y así, con estas palabras y otros semejantes de retruécanos graciosos, amorosamente respondía a los que le preguntaban de su vida, encubriendo con ellas la gracia que del Señor tenía, y recreándose de que lo tuviesen por de poco ser y valor; y salía bien con ello, porque la gente en común siempre juzgaba que era ramo de locura cuanto le veían hacer, hasta que después vieron bien aquel grano, enterrado y podrido, cuánto fruto y qué bueno vino a dar. Pues pasados algunos días, que en traer haces de leña del monte se ejercitaba y se sustentaba dellos, y lo que le sobraba repartía a los pobres, que buscaba de noche, por esos portales echados, helados y desnudos y llagados y enfermos, y viendo lo mucho que desto había, movido de gran compasión, determinó de más de propósito buscarles el remedio.

## CAPITULO XII

### DEL PRIMER HOSPITAL QUE TUVO IOAN DE DIOS.

Determinado Ioan de Dios de procurar de veras el consuelo y remedio de los pobres, habló con algunas personas devotas, que en sus trabajos le habían favorecido; y con ayuda dellos y su calor, alquiló una casa en la Pescadería de la ciudad,

57

por ser cerca de la plaza de Bivarrambla, de donde y de otras partes recogía los pobres desamparados, enfermos y tullidos que hallaba, y compró algunas esteras de anea y algunas mantas viejas en que durmiesen, porque aun no tenía para más, ni otra medicina que hacelles; y así les decía: Hermanos, dad gracias a Dios muchas, que os ha esperado tanto tiempo a penitencia; pensad en lo que habeis ofendido, que yo os quiero traer un médico espiritual que os cure las almas, que después para el cuerpo no faltará remedio; confiad en el Señor, que él lo proveerá todo (como suele a los que hacen de su parte lo que pueden). Y fue y trúxoles un sacerdote, y hízolos confesar a todos; porque vista su gran caridad, cualquier sacerdote a quien se lo pedía, iba de muy buena voluntad a hacer esta buena obra. Después desto salía animosamente y con gran esfuerzo por todas las calles con una espuerta grande en el hombro y dos ollas en las manos colgadas de unos cordeles, iba diciendo a voces: ¡Quién hace bien para sí mismo! ¿Haceis bien por amor de Dios, hermanos míos en Iesu-Cristo? Y como a los principios salía de noche y algunas veces lloviendo, y a hora que estaban las gentes recogidas en sus casas, salían maravillados a las puertas y ventanas, de oír la nueva manera de pedir; y como tenía voz lastimosa y la virtud que el Señor le daba, parecía que atravesaba con ella las entrañas de todos. Y juntamente el velle tan flaco y mal tratado y la austeridad de su vida, movía mucho; de suerte que todos salían con sus limosnas, cada uno como podía, y se las daban con mucho amor y voluntad; unos dineros, otros pedazos de pan y panes enteros, otros lo que les so-

58

braba de sus mesas, de carne y otras cosas, se lo daban en las ollas que para eso traía; y como sentía que tenía limosna bastante, volvía corriendo a sus pobres, y en llegando decía: Dios os salve, hermanos; rogá al Señor por quien bien os hace. Y calentaba lo que traía y repartíalo entre todos; y



desque habían comido y rezado por los bienhechores, él solo lavaba los platos y escudillas, y fregaba las ollas, y barría y limpiaba la casa, y traía agua con dos cántaros del pilar, con gran trabajo; porque como era reciente la memoria de entender que había sido loco, y lo vían tan mal tratado, no quería alguno llegarse a su compañía para ayudalle; y así llevaba el trabajo a sus solas, hasta que fueron conociendo lo que era. Y como él servía a los pobres con mucha caridad, acudían muchos, no cabían de pies, de los que venían a la fama de Ioan de Dios, y el buscallos con halagos y amor los que en otros hospitales no podían entrar rogando. Y vista la necesidad que había, alquiló otra casa mayor y más espaciosa, a donde pasó todos sus pobres tollidos y enfermos, que no podían por su pie ir, a cuestras; y así mesmo las alhajas en que dormían ellos y los peregrinos. Aquí puso más orden y concierto, y armó algunas camas para los más dolientes; y nuestro Señor proveyó de enfermeros, que le ayudasen a servilles, mientras él iba a buscarles la limosna y medicinas con que se curasen. Así como la caridad crecía en Ioan de Dios, así iba creciendo y multiplicándose el caudal y alhajas de la casa de Dios; porque habían caído en la cuenta y echádolo de ver ya muchas personas principales y honradas, de dentro y fuera de

59

Granada, viendo y considerando su perseverancia y orden en sus cosas, y que siempre iba creciendo de bien en mejor. Y como vieron que no solamente albergaba peregrinos y desamparados, como al principio, mas que tenía asentadas camas y enfermos que se curaban en ellas, comenzó a tener mucho crédito con todos, y a dalle y fialle cualquier cosa que había menester para los pobres, y a dalle limosnas más en grueso que solían; así como mantas, sábanas, colchones y ropas de vestir y otras cosas.

Y así, como le iban acudiendo todo género de pobres y necesidades a que les socorriese, viudas y huérfanos honrados, en secreto, pleiteantes, soldados perdidos y pobres labradores, que respecto de ser aquel año trabajoso y estéril, acudían muchos más, y a todos socorría conforme tenían necesidad, no enviando a nadie desconsolado. Porque al que podía daba luego y alegremente, y a alguno consolaba con palabras amorosas y alegres, dándoles confianza que Dios proveería, para que todos fuesen consolados, y así se cumplía; porque por maravilla llegó nadie a él, que poco o mucho no le proveyese el Señor para que remediase su necesidad como podía. No se contentaba con emplearse en esto, sino que también comenzó a tener cuidado de buscar los pobres vergonzantes, doncellas recogidas, religiosas y beatas pobres, y casadas que padecían necesidades secretas; y con mucho cuidado y caridad las proveía de lo necesario, pidiendo para ellas a las señoras ricas y que podían, y él mismo les compraba el pan y la carne y pescado y carbón y todo lo demás que es necesario para el sustento; porque no tuviesen ocasión de salir a buscallo, sino

60

que estuviesen recogidas, y sustentasen virtud y recogimiento. Y después de habelles proveído de lo necesario para el cuerpo, buscábales (porque no estuviesen ociosas, y trabajasen para ayuda a vestirse) seda en casa de los mercaderes, que hiciesen, y a otras lana y lino que hilasen, y estopa; y luego sentábase un poco, y animábalas al trabajo y hacíaes un breve razonamiento espiritual; y persuadiéndolas a que amasen la virtud y aborreciesen el vicio, dándoles para ello (aunque simples) vivas razones, que hasta hoy viven en las memorias de muchos que se las oyeron; dándoles esperanza, que si así lo hiciesen, que de más de la gracia que alcanzarían del Señor, no les faltaría lo necesario para el sustento, prometiendo alguna ventaja a las que más trabajasen, con lo cual las inducía y animaba que viviesen virtuosamente y sirviesen a nuestro Señor. No le faltaron émulos en esta obra, como en todas las demás que hacía, porque Sathanás nunca duerme de hacer guerra, por sí y por medio de sus ministros, a los que ve que se le han salido de su dominio y van camino en el servicio de nuestro Señor; porque algunos destos le ladraban y murmuraban, diciendo que todo era

ramo de locura, que le había quedado cuando andaba por las calles sin juicio, y que presto caería, pues no llevaba fundamento; y junto con esto traíanle sobre ojos mirando en las casas donde entraba, y informándose de lo que allí decía y hacía, y aun acechándole por partes ocultas. Y viendo por sus ojos su grande exemplo y honestidad y santidad de palabras, y las buenas obras que hacía, quedaban espantados y confusos, y érales forzado callar; y aun algunos, fuera de su in-

61

tento, loalle y dalle limosna cuando le topaban. Con todo esto no olvidaba sus pobres; porque su principal cuidado era con ellos, consolándoles de palabra y proveyéndoles de lo necesario por la mañana, antes que saliese de casa, y dando orden en todo, como cada uno hiciese con ellos su oficio; y sabiendo si lo hacían los compañeros que ya tenía para esto, él se iba y se ocupaba en pedir hasta las diez o las once de la noche.

### CAPITULO XIII

#### DE OTRAS OBRAS EN QUE SE EXERCITABA EL SIERVO DE DIOS

Era el hermano Ioan de Dios muy devoto de la pasión de nuestro Señor Iesu-Cristo; porque, como el principal fuerte de todo nuestro remedio, había hallado en ella gran provecho y suavidad. Y así, queriendo con lo que se había aprovechado, aprovechar a sus próximos por amor del mismo Señor, tomó por devoción los viernes, en que se obró nuestro remedio, de ir a la casa pública de las mujeres, a ver si podía de allí sacar alguna alma de las uñas del demonio, en que tan metidas están las tales; y en entrando, echaba por la que, más perdida, le parecía que menos cuenta tenía de salir de allí, y decía: Hija mía, todo lo que te diere otro te daré yo y aun más, y ruégote que me escuches aquí en tu aposento dos palabras. Y entrados en el aposento, la mandaba asentar, y él se hincaba de rodillas en el suelo, delante un Crucifixo pequeño que llevaba para aquel efecto, y allí comenzaba a acusarse de sus pe-

62

cados, y llorando amargamente pedía perdón a nuestro Señor dellos, con tal afecto, que le provocaba también a ella a contrición y dolor de sus culpas; y así, con aquella industria le hacía tomar atención para que le oyese, y él comenzaba a rezar la pasión de nuestro Señor Iesu-Cristo, con tal devoción que se la hacía sentir hasta derramar lágrimas, y luego decíales: Mira, hermana mía, cuánto le costaste a nuestro Señor, y mira qué padeció por ti; no quieras ser tú causa de tu propia perdición; mira que tiene premio eterno para los buenos y castigo eterno para los que viven en pecado como tú; no le provoques más a que totalmente te dexé, como merecen tus pecados, y vayas como piedra dura y pesada al profundo infierno. Tales cosas destas y otras le daba el Señor que dixese; que aunque algunas, empedernidas en sus vicios, no hacían caso dél, otras, ayudadas de Dios, se compungían y movían a penitencia, y le decían: Hermano, sabe Dios si yo me fuera con vos a servir a los pobres del hospital; mas estoy empeñada y no me dexarán ir con vos. Respondía él muy alegre: Hija, confía en el Señor, que él que te ha alumbrado el alma, te dará remedio para el cuerpo; entiende bien lo que te va en serville y en no ofendelle, y haz propósito firme que antes morirás que volverás al pecado; y espérame aquí, que luego vuelvo. Iba luego muy diligente a las señoras principales, que conocía en la ciudad y sabía que le habían de socorrer, y decíales: Hermanas mías en Iesu Cristo, sabed que está una cautiva en poder del demonio; ayudadme por amor de Dios a rescatalla, y saquémosla de tan miserable cautiverio. Eran de tanta caridad estas personas, a quien él descubría semejantes necesidades, que

63

pocas veces se iba sin remedio dellas; y cuando no hallaba lo necesario, hacía un conocimiento y se obligaba de pagar la deuda que debía cualquier mujer que sacaba de el que las tenía a su cargo. Llevábalas luego al hospital y metíalas en la enfermería, donde estaban curándose otras mujeres que habían tenido el mismo trato, para que viesen el pago que daba el mundo, y la ganancia que sacaban las que perseveraban en aquel oficio; porque unas estaban podridas las cabezas, donde les sacaban gruesos, y otras en otras partes del cuerpo, donde con cauterios de fuego, con gravísimos dolores les cortaban parte dél y quedaban feas y abominables. Y de aquí procuraba de entender la intención de cada una a lo que se inclinaba; porque unas, a quien nuestro Señor daba más luz, conocida la facultad de su vida, se querían recoger y hacer penitencia; llevábalas al monasterio de las Recogidas y proveíalas de lo necesario. Otras, que no tiraban tanto la barra y veía inclinadas a casarse, les buscaba dotes y maridos y las casaba. Y destas casó muchas; tanto, que la primera vez que fue a la Corte, de las limonas que de allá truxo, casó diez y seis de una vez, como hoy día dan testimonio algunas dellas, que son viudas y han vivido y viven honestamente y castamente. En este ejercicio y obras de caridad padeció Ioan de Dios mucha mortificación y trabajos, y mostró bien la mucha paciencia y heroica que nuestro Señor había comunicado a su alma; porque (como por la mayor parte son mujeres tan obstinadas y perdidas y endurecidas en su pecado, de suerte que por esta causa muchos siervos de Dios se abstienen de tratar con ellas, aunque les duele su perdición) cuando sacaba alguna de entre éstas, las

64

otras apedillaban y lo deshonoraban y decían muchas injurias, y le infamaban que aquello hacía con mala intención. Y él a todo esto no respondía palabra, sino con mucha paciencia lo sufría, no volviendo mal por mal, antes, si otro alguno las reprehendía, diciéndoles: ¿Por qué sois tan malas y descomedidas con quien tan bien os hace? El respondía: Dexadlas, no les digais nada, no me quiteis mi corona; que éstas me conocen y saben quién soy, y me tratan como merezco.

Acaeció acerca deste caso una cosa memorable y digna de memoria, más para espantar que para imitar, y para conocer de veras su ferviente caridad del aprovechamiento de las almas, que conocía ser redemidas por tan inestimable precio, y fue así: Que, entrando una vez entre otras en la casa pública, y persuadiendo a unas mujeres que dexasen la mala vida, cuatro dellas se concertaron, y mostrando querer hacer enmienda de lo pasado, le dixeron, que ellas eran de Toledo, y que si no las llevaba a donde pudiesen dar orden en ciertas cosas que mucho a su conciencia importaban, que no podían de dexalla y hacer todo lo que él les mandase. El, oído esto, y vista la ganancia que tanto deseaba de cuatro mujeres juntas, se ofreció de hacello. Y así, determinándose de llevallas, apercibió lo necesario de bestias y lo demás, y él a pie fue con ellas, llevando consigo un criado del hospital, llamado Ioan de Avila, hombre cuerdo y de buena vida, el cual ha pocos días que murió, habiendo servido muchos años loablemente en la casa, y dio testimonio de lo que pasó en esta jornada. Y fue, que yendo con ellas, como los caminantes y la gente que

65

las vía, vían dos hombres de aquel hábito con cuatro mujeres semejantes, burlaban y escarnecían dellos, y silvando les decían muchas injurias, diéndoles de amancebados y otras semejantes. A todo lo cual Ioan de Dios callaba y lo pasaba con mucha paciencia, aunque el Ioan de Avila, provocado por lo que oía, también le reprehendía, y decía: Que para qué era aquella jornada con aquella gente ruín, donde tantas afrentas habían de pasar; y especial cuando vio que, pasando por Almagro, se le quedó allí una, y llegando a Toledo se le huyeron y desaparecieron las otras dos. Entonces con más ahinco el criado le fatigaba, diciendo: ¡Qué locura ha sido esta! ¿No os lo dixere yo, que desta ruín

gente no había más que fiar desto?: dexaldas y volvámonos, que todas son de una manera. El, a todo esto le respondía con mucha paciencia: Hermano Ioan, no consideras que si tu fueses a Motril por cuatro cargas de pescado, y en el camino se te estragasen tres (y) la otra quedase buena, que echando las tres a mal, no echarías la buena con ellas. Pues, de cuatro truximos nos queda la una, que muestra buena intención; ten paciencia, por tu vida, y volvámonos con ella a Granada: esperanza en Dios, que si con ésta quedamos no será en balde nuestro camino ni poca nuestra ganancia. Y así fue, que aquélla le concedió nuestro Señor, y volvió con ella a Granada, y la casó él con un hombre de bien, y ha vivido y hoy vive con tanto exemplo y virtud y recogimiento, siendo al presente viuda, que ha dado de sí muy buen loor y tan buen exemplo de cristiandad, que bien parece por el misterioso camino que nuestro Señor le truxo a que le conociese.

66

#### CAPITULO XIV

##### DE LA GRAN CARIDAD DEL HERMANO IOAN DE DIOS.

Era tanta y tan grande la caridad de que nuestro Señor había dotado a su siervo, y las obras tan peregrinas que della procedían, que algunos, juzgándolo con espíritu vano, lo tenían por pródigo y dissipador, no entendiendo cómo le había el Señor metido en la bodega del vino, y allí ordenado con él su caridad, y de tal manera se había embriagado en su amor, que ninguna cosa negaba que por él se le pidiese, hasta dar muchas veces, cuando no tenía otra cosa, la pobre ropa que traía vestida, y quedarse desnudo, siendo piadosísimo para todos y muy áspero y riguroso para sí; y con la viva consideración de lo mucho que había recibido del Señor, todo cuanto hacía y daba le parecía poco, y siempre se hallaba deudor de más; y así vivía con aquella ansia que los sanctos, de darse a sí mismo por mil maneras, por amor del que tan magnífico y largo había sido con él. Porque esto tienen los varones espirituales, se hallan tan prósperos y abundantes, que les parece que siempre tienen que dar a todos; y así siempre le es dulce dar y nunca querrían recibir. Todo el día se ocupaba en diversas obras de caridad, y a la noche, cuando se acogía a casa, por cansado que viniese, nunca se recogía sin primero visitar a todos los enfermos, uno a uno, y preguntalles cómo les había ido, y cómo estaban, y qué habían menester, y

67

con muy amorosas palabras consolallos en lo espiritual y temporal. Y luego daba vuelta por la casa, y daba recaudo a lo pobres vergonzantes que le estaban esperando, proveyéndoles de lo necesario, sin enviar a ninguno desconsolado. A cualquiera daba limosna, sin mirar más de que se la pidiese por amor de Dios. Y decíanle algunos: Mirá, que pide sin necesidad. El respondía: No me engaña a mí, él mire por sí, que yo por amor del Señor se lo doy. Y cuando no tenía que dar (que acontecía quedar envuelto en una manta, por haber dado el vestido), por no decir de no cuando le pedían, daba un carta para algún caballero o persona devota, para que socorriese aquella necesidad.

Sucediole un caso digno de contar; y fue, que estando en Granada el Marqués de Tarifa, don Pedro Enríquez, fue Ioan de Dios a su posada a pedille limosna, y estaba jugando con otros señores, y sacáronle de limosna veinte y cinco ducados; y él, yéndose con ellos a su hospital después de anocheado, el Marqués habiendo oído muchas cosas de su mucha caridad, y queriendo por modo de burla experimentalla, disimulose (porque Ioan de Dios no lo había visto más que aquella vez) y saliose al encuentro, y púsose delante y dixo: Hermano Ioan, yo estoy aquí en pleito, y padezco mucha necesidad para sustentar la honra; estoy informado de vuestra caridad, ruegoos que me socorrais, porque no venga yo a hacer alguna ofensa a Dios (que esta era su manera de hablar): daros he lo que traigo. Echó mano a la bolsa, y diole los veinticinco duca-

68

dos, que he dicho le habían dado. Y él tomólos y agradecióselo y fuese. Y llegando admirado donde los otros señores estaban, contoles el caso, y entre todos se celebró como el negocio merecía, admirándose de tal caridad; que teniendo tantos pobres con quien cumplir, con uno solo fuese tan largo, confiando en la providencia de Dios. Y cierto, no fue frustrada su confianza; porque el Marqués, movido de lo que había sucedido, otro día por la mañana le envió a decir, que no saliese de casa, porque quería ir a ver el hospital; y ido, comenzó a burlarse con él y a decille: ¿Qué es esto, hermano Ioan, que me dicen que os robaron anoche? El dixo: Dome a Dios, que no me robaron. Habiendo pasado entre ellos otras palabras de entretenimiento y risa, el Marqués le dixo: Ahora, hermano, porque no podais negar el robo que os hicieron, a mí me lo deparó Dios: catá aquí vuestros veinte y cinco ducados y ciento y cincuenta escudos de oro que yo os doy de limosna, y mirá otro día cómo andais. Y mandóle traer ciento y cincuenta panes y cuatro carneros y ocho gallinas, y esta ración mandó que le diesen cada día todo el tiempo que estuvo en Granada, y con esto se fue muy edificado de ver los muchos pobres de todas maneras que allí se les hacía caridad y se curaban.

Otro caso sucedió, en que mostró su caridad en poner la vida por sus hermanos. Sucedió, que en el hospital Real de Granada, que dexaron fundado los Católicos Reyes don Fernando y doña Isabel, se emprendió fuego un día, tan de improviso y con tanta furia, que asoló la mayor parte del hospital; y luego que se supo, acudió Ioan de Dios a socorrer a los pobres que allí se curaban, y fue tanta

69

su diligencia, por el gran peligro que vio en que estaban, que casi él solo salvó a costas todos los pobres, hombres y mujeres; y después echó por las ventanas, con una presteza más que de hombre, todas las camas y ropa que en él había; y desde hobo puesto en cobro los pobres, se subió a lo alto, donde estaba el mayor peligro, para ayudar a atajar el fuego; y estando en esto, reventó una gran llama por un cabo y otra por otro y lo cogieron en medio; y subió tanta espesura de humo, a vista de mucha gente que debaxo lo estaban mirando, que todos pensaron muy sin duda que la llama lo había abrasado y consumido; y así corrió la voz por toda la ciudad, que Ioan de Dios había muerto en el fuego; y cuando menos pensaron, de ahí a un poco lo vieron salir y sin lisió alguna, salvo que traía las cejas chamuscadas, como pasó por medio las llamas, para testimonio de la maravilla que Dios nuestro Señor usó con él. De lo cual dieron testimonio el Coregidor, que a la sazón era en la ciudad, que lo vio, y muchas personas de autoridad que se hallaron presentes. Y de estas obras se podrían referir muchas que en su vida pasaron, que por brevedad se dexan. Sólo diré, que quien entrara en su hospital, bien manifiestamente viera la gran caridad de este hombre. Porque en él viera que se curaban pobres de todo género de enfermedades, hombres y mujeres, sin desechar a nadie (como hoy día se hace) de calenturas, de bubas, llagados, tullidos, incurables, heridos, desamparados, niños tiñosos, y que hacía criar muchos que le echaban a la puerta, locos y simples, sin los estudiantes que mantenía, y vergonzantes en sus casas, como queda dicho. Proveyó también una cosa de gran

70

socorro, que fue labrar una cocina para los mendigantes y los peregrinos, para sólo se acogiesen de noche a dormir; y se amparasen del frío; tan capaz y de tal suerte labrada, que cabían holgadamente más de doscientos pobres, y todos gozaban del calor de la lumbre que estaba en medio, y para todos había poyos en que durmiesen, unos en colchones y otros en zarzos de anea y otros en esteras, como tenían la necesidad, como hoy día se hace en su hospital; con que, además de la caridad que les

hacía, escusaba muchas ofensas de nuestro Señor, en buscarlos por las plazas, y quitar que no estuviesen juntos hombres y mujeres; y algunos los traía por fuerza allí, y las mujeres ponía por sí, y con esto limpiaba las plazas desta gente perdida.

## CAPITULO XV

### DE LA PACIENCIA DE IOAN DE DIOS Y DE SU MUCHA HUMILDAD.

La paciencia, que corona y perfecciona los caballeros de Iesu-Cristo, así poseía el alma deste santo hombre, que por muchos trabajos que le sucediesen, nunca alguno le vio turbado, ni salía de su boca palabra airada; antes en las mayores injurias y afrentas estaba más quieto y alegre, como quien no tenía otra voluntad más que la de nuestro Señor Iesu-Cristo, en cuya cruz sólo se glorificaba, como se vio en muchos casos que le sucedieron, de que diremos aquí algunos. Baxando un día por la calle llamada de los Gomeles de mañana, para buscar de comer a los pobres, subía un

71

caballero la calle arriba; y como en aquel tiempo era mucha la gente de la ciudad, y especial la que baxaba por aquella calle del Alhambra, sin advertir topóle con la capacha en la capa, y derribósele de los hombros; y él, muy airado, volvió a él y díxole: ¡Ah, bellaco pícaro! ¿no miráis como vais? Y él con mucha paciencia díxole: Perdóname, hermano, que no miré lo que hice. Y él, con estas palabras, como le dixo de vos y hermano (como acostumbraba a decir a todos), mucho más airado, volvió a él y dióle una bofetada en el rostro; y Ioan de Dios dixo: Yo soy el que erré, que bien la merezco: dadme otra! Y él, como todavía le decía de vos, dixo a su criados: Dadle a ese villano mal criado! Y estando en esto, como se juntó gente, salió un vecino de allí, hombre principal llamado Ioan de la Torre: ¿Qué es esto, hermano Ioan de Dios? Y como el que le había injuriado lo oyó nombrar, echóse a sus pies diciendo, que no se levantaría de allí hasta que se los besase, diciendo: ¿Es éste Ioan de Dios tan nombrado en el mundo? Y Ioan de Dios le levantó del suelo abrazándole y pidiéndole perdón el uno al otro con muchas lágrimas. Le quería el caballero llevar consigo a comer, y él se escusó de ir; y después le envió cincuenta escudos de oro para los pobres.

Otro caso le sucedió, donde también mostró su mucha paciencia; y fue, que entrando a pedir limosna para los pobres en la casa de la Inquisición vieja, que tenía una alberca en mitad del patio llena de agua, un paje travieso llegóse a él y dióle un encontrón, y echóle en el alberca (como todavía estaba en crédito de algunos que era loco, después que estuvo en el hospital Real). El con mucha pacien-

72

cia salió de allí, y con palabras y gesto alegre agradeció al paje lo que había hecho, de que quedaron admirados los que lo vieron, y de allí adelante lo tuvieron en mucho más. Una de las mujeres que sacó de la casa pública y casó, era tan importuna y impaciente, que a cada cosa que le faltaba le venía a pedir luego, y él procuraba de dárselo y contentalla, y así venía muchas veces. Una de las cuales halló a Ioan de Dios, que por no tener otra cosa que dar, había dado el capote y estaba envuelto en una manta, y díxole que no tenía que dalle, que se volviese otro día; ella, impaciente, embravecióse, y comenzóle a deshonorar y decille: ¡Mal hombre, hipócrita sancto!. El díxole: Toma dos reales y salte a la plaza y di eso a voces. Ella volvió a grandes voces a dehonralle; y él dixo, desde que la vio así: Tarde que temprano yo te tengo de perdonar; yo te perdono desde luego. Y bien obró fruto de vida esta paciencia, porque esta misma mujer, el día de su entierro, iba entre otras que él había sacado de mal vivir dando voces por las calles y lamentando y diciendo grandes males de sí y confesando sus culpas y pecados, y grandes bienes de Ioan de Dios; diciendo que ella había

sido muy mala, y que por su buen exemplo y amonestaciones sanctas había salido de pecado, y otras muchas cosas con que hacía llorar a toda la gente. Era tan humilde, que siempre era amigo de decir y contar siempre las pláticas y enderezándolas a su menosprecio y humillación, y como resultasen en edificación de los próximos, huyendo toda vanagloria, como polilla ponzoñosa a la vida espiritual.

73

## CAPITULO XVI

### COMO LE COMPRARON A IOAN DE DIOS UNA CASA PARA HOSPITAL, Y OTRAS COSAS QUE DESPUES SUCEDIERON.

Era tanta la gente que acudía a la fama de Ioan de Dios y a su mucha caridad, que no cabían en la casa que está dicho que tenía. Y así acordaron gentes principales y devotas de la ciudad, de compralle una casa que fuese capaz para todos. Y así la compraron en la calle de los Gomeles; la cual había sido monasterio de monjas; aquí pasó sus pobres y estendió su real y alojamiento, poniendo orden para que a todos se les administrase caridad con la honestidad y decencia debida. Y era tanto el concurso de todas gentes que con él venían a negociar, que muchas veces apenas cabían de pies; y él, sentado en medio de todos, con muy grande paciencia, oyendo a cada uno las necesidades que traía, sin enviar jamás a nadie desconsolado, con limosna o buena respuesta. Salía de su celda en amaneciendo, y decía en alta voz donde lo oyesen todos lo de la casa: Hermanos, demos gracias a nuestro Señor, pues las avecidas se las dan; y rezáales las cuatro oraciones, y luego salía el sacristán, y por una ventana por donde todos lo oyesen, decía la doctrina cristiana, y respondían los que podían; y otro la decía en la cocina a los peregrinos, y luego baxaba a visitallos antes que se fuesen, y a los que estaban desnudos repartía de la ropa de la ropa que dexaban los difuntos, y (a) los mancebos que veía sanos decíales: Ea, hermanos, va-

74

mos a servir a los pobres de Iesu Cristo. Y él, con ellos, íbanse a la sierra y cogían leña, y traía cada uno su haz para los pobres, y destos tuvo mucho tiempo, que con mucha caridad y voluntad se exerciataban en este oficio de traer leña cada día. Era tan grande el gasto que en todo lo dicho hacía, que no le bastaba la limosna que en la ciudad llegaba; y a esta causa se empeñaba en trescientos y cuatrocientos ducados con su mucha caridad.

Viendo las grandes necesidades que por la ciudad había, y por no ser molesto ni dar pesadumbre a los ciudadanos de Granada, pidiéndoles siempre de día y de noche; por dexallo descansar algunos días, salía a pedir limosna a algunos señores del Andalucía, los cuales tenían noticia dél por sus buenas obras (que ya por Castilla volaba su fama) y ellos lo socorrían liberalmente para ayuda a desempeñarse. Entre todos los señores de el Andalucía y Castilla, el que más socorrió sus necesidades fue el Duque de Sessa, el cual desde mancebo tuvo cuenta con sus pobres y hospital, y le desempeñó muchas veces de todo lo que debía en Granada; y sin esto le mandaba dar todas las pascuas del año zapatos y camisas para vestir y calzar a los pobres; y lo mismo hacía la Duquesa su mujer, que le hizo muchas limosnas y le favoreció en gran manera. Y así tenía gran cuidado de que él y sus pobres los encomendasen a nuestro Señor, y pidiesen para ellos la vida eterna y el consuelo de los trabajos desta vida. No bastando áun esto, y sintiéndose congoxado por favorecer a los que le acudían y pagar lo que debía, determinó de llegarse a la corte (que entonces residía en Valladolid), y pedir so-

75

corro al Rey y a los grandes señores, dexando en su hospital a un compañero suyo y amigo en su peregrinación, llamado Antón Martín, que mirase por los pobres y casa hasta que él volviese. Llegado que fue a la corte, el Conde de Tendilla y otros señores que lo conocían, dieron noticias dél al Rey, y le informaron de las cosas de Ioan de Dios y le metieron en palacio, donde le habló y dixo desta manera: Señor, yo acostumbro llamar a todos hermanos en Iesu-Cristo; vos sois mi rey y mi señor y tengo de obedeceros, ¿cómo mandais que os llame? Respondió el Rey: Llámame, Ioan, como vos quisiéredes. Y porque aun entonces no era rey sino príncipe; buen príncipe os dé Dios en reinar y buena mano derecha en gobernar, y después buen fin para que os salveis y ganeis el cielo. Y así estuvo hablando con él un buen rato. Y después le mandó dar limosna él y sus hermanas las infantas, a las cuales cada día iba a visitar, y dellas y de sus damas recibió muchas joyas y limosnas, y él lo repartía con los pobres necesitados que había en Valladolid. Doña María de Mendoza, mujer del Comendador mayor don Francisco de los Cobos, que es una señora que después de viuda le ha hecho nuestro Señor grandes mercedes en ser de vida muy exemplar, que ha repartido y reparte su patrimonio, que es muy grueso, muy liberalmente a los pobres, dando renta muy copiosa a hospitales y monasterios de monjas pobres, y haciendo limosnas tan gruesas y otras obras de virtud, que sería largo de contar. Esta señora, pues (como en quien cabía tanta caridad), le dio aposento en su casa y de comer y todo lo necesario con mucha caridad y amor, todo

76

el tiempo que en Valladolid residió, y le dio grandes limosnas que repartiese a los pobres vergonzantes. Y él lo hacía y repartía tan bien, que ya casi tenía tantas casas de mujeres y hombres pobres que visitar y dar de comer, como en Granada. Algunas personas que le conocían y le vían distribuir y dar limosnas en Valladolid, le decían: Hermano Ioan de Dios, ¿por qué no guardáis los dineros, y lo llevais a vuestros pobres a Granada? Decía él: Hermano, dallo aquí ó dallo en Granada todo es hacer bien por Dios, que está en todo lugar.

Pasados nueve meses que estuvo en la Corte, se volvió a Granada con ciertas cédulas de limosnas que doña María de Mendoza y el Marqués de Mondéjar le dieron y otros señores, para pagar lo que debía y mantener los pobres. El cual padeció grandes trabajos por el camino, descalzo por los ásperos y fragosos lugares, lo pies llenos de grietas y abiertos por muchas partes, de los tropezones que daba en las piedras, y pasando grande escocimiento en el cuerpo, por ser el vestido áspero y grueso y pegado al cuerpo sin camisa; y cuando llegó llevaba quitado los cueros de la cara y pescuezo y cabeza, de los grandes soles que hacía y había pasado, por llevar la cabeza descubierta, y con todo suspirando por llegar a Granada, por ver a sus pobres y remediar sus trabajos. Llegado que fue a la ciudad, fue grande el alegría y consolación que recibieron, así los vecinos de Granada, por el grande amor que le tenían, como sus pobres, que le estaban esperando con deseo de verle; y especialmente los pobres vergonzantes y mujeres que él había casado, que le habían echado mucho menos, porque no tenían otro padre ni quien los socorriese. Pagadas, pues, parte

77

de las deudas que debía, con lo que de la Corte truxo, y remediadas muchas necesidades que de nuevo halló, especialmente de pobres que casó, todavía quedó debiendo más de cuatrocientos ducados; porque para cumplir estas necesidades se tornó a empeñar de nuevo, porque no le sufría el corazón ver padecer al pobre necesidad sin dalle remedio. Por esta causa padecía mucha congoxa hasta verse sin deudas; y por otra parte parecía imposible, según cuan sin duelo dalo lo que tenía, en ofreciéndosele alguna necesidad.

## CAPITULO XVII



DE LA PENITENCIA DEL SIERVO DE DIOS, Y DEL PRINCIPIO DE SU HABITO.

Sólo el ordinario trabajo, que Ioan de Dios tenía en procurar las limosnas y curar a sus pobres, era tan grande penitencia y mortificación de la carne, sin la continuas demandas y importunaciones de todos, que era muy bastante carga para otro cuerpo que fuera sano y recio, y aun lo que pudiera llevar con solas fuerzas humanas. Y con todo esto no se conformaba el hermano Ioan de Dios, sino que con obras de mucha penitencia mortificaba su carne, y la hacía servir al espíritu, no concediéndole aun lo muy necesario. Su comer era poco y de un manjar; y si no era fuera de casa, donde le rogaban por su consuelo que comiese, siempre comía manjares viles. Lo más ordinario era de una cebolla asada o de otros manjares de poco precio. Ayunaba los días de precepto con poco comer y sin hacer

78

colación, y los viernes a pan y agua; y este día todo el año se deciplinaba muy ásperamente, hasta derramar mucha sangre, con unos cordeles ñudosos. Y esto sin dexallo por cansado y fatigado que viniese. Su dormir era en una sola estera en el suelo con una piedra por cabecera, cubierto con un pedazo de manta vieja; y otras veces en un carretón, que había sido de un tollido, con la misma ropa, en un aposentillo muy angosto debaxo de una escalera. Andaba siempre descalzo en la ciudad y en todos los caminos, y descaperuzado, y rapado a navaja barba y cabeza, y sin camisa ni otro vestido más que un capote de xerga ceñido y unos zaragüelles de frisa; andaba siempre a pie, sin subir jamás en alguna bestia en camino ni fuera dél, por cansado y despeado que viniese; ni por tempestades de agua y nieve que hobiese se cubrió la cabeza desde el día que comenzó a servir a nuestro Señor hasta que lo llamó para sí; y con todo eso se compadecía de los muy livianos trabajos de sus próximos, y los procuraba remediar, como si él viviera en mucho regalo.

Aconteció una vez, que yendo un noche de invierno tarde y tempestuosa y oscura a su hospital, y subiendo la calle de los Gomeles, cargado con la capacha con bastimento y un pobre a cuestas, que de camino había hallado en la plaza Nueva, baxaba por la calle tanta agua, que dio con él en el suelo, y al ruido del agua y sus gemidos del pobre, asomóse un pleiteante, hombre de mucho crédito, a una ventana baxa donde había caído, y oyóle que estaba riñendo consigo y dándose con la cayada de golpes, y diciendo: Así, don asno, torpe y mal inclinado, floxo, haragán, lerdo, ¿no habeis comido

79

hoy? Pues si habeis comido, ¿por qué no trabajais? ¿No mirais que aquellos pobrecicos, para quien vos trabajais, han menester comer? ¿Y no mirais éste que llevo cuál está muriéndose, y que tal lo habeis parado ahora? Y diciendo esto se levantó con mucho esfuerzo, que estaba arrodillado, y se fue dándole el agua a media pierna; y el que lo oyó dio fee, que todo esto decía de suerte que nadie lo pudiera oír sino él, que sin velle estaba escuchándolo, porque pasó debaxo de su ventana. Y otro día, preguntándole cómo le había ido con la caída, se lo negó, disimulando con él, y desta manera hacía de ordinario. En viendo él pobre, sin esperar más ayuda, se lo echaba a cuestas, y lo llevaba a su hospital con mucho trabajo, porque andaba flaco y enfermo.

El traje y vestido que Ioan de Dios traía, y el nombre con que se nombraba, no fue sin misterio, y bien hay que considerar en ello; y aunque no tuviera otra estima, sino habello traído este sancto varón, era de estimar en mucho, y quiso nuestro Señor aun autorizallo más, como se verá. Y sucedió así, que estando Ioan de Dios comiendo un día con un Obispo de Tuy (que en aquel tiempo se halló en Granada) le preguntó que cómo se llamaba. El le dijo, que Ioan; y el obispo le respondió, que se llamase Ioan de Dios; él respondió: Si Dios quisiere; y desde entonces le comenzaron todos a llamar

Ioan de Dios. Y tenía Ioan de Dios por costumbre cuando vestía algún pobre de su vestido, vestirse él el del pobre; y como el Obispo le viese tan mal parado y tan desechado vestido en su persona, después de habelle puesto el nombre, le dixo: Hermano Ioan de Dios, por vuestra vida, que pues llevais de aquí el nombre, que tomeis también la manera del vestido;

80

porque ese que traeis da asco y pesadumbre a los que tienen devoción de trataros y sentaros a su mesa; y sea, que os vistais de un cossete y uno calzones de buriel y un capote de sayal encima, que son tres cosas en nombre de la Santísima Trinidad. Y él concedió en ello de voluntad, y luego lo hizo comprar el obispo, y se lo vistió de su mano; y así fue con nombre y vestido y con bendición de mano del Obispo, y no lo mudó hasta que murió.

## CAPITULO XVIII

### DE SU CONTINUA ORACION, Y COMO FUE PERSEGUIDO DEL DEMONIO Y DIXO ALGUNAS COSAS OCULTAS ANTES QUE SUCEDIESEN.

Aunque al hermano Ioan de Dios le había nuestro Señor particularmente llamado para las obras de Marta (en las cuales se ocupaba lo más del tiempo) no por eso se olvidaba de las de María; porque todo el tiempo que le sobraba lo ocupaba en oración y meditación; tanto, que muchas veces se le pasaban las noches enteras llorando y gimiendo, y pidiendo a nuestro Señor perdón y el remedio para las necesidades que veía, con tan profundos gemidos y suspiros, que bien daba a entender que sabía como ésta es la áncora y fundamento de toda la vida espiritual, y la que trae bien despachados todos los negocios con Dios, y sin la cual poco fundamento lleva todo lo demás. Y así no emprendía cosa ninguna que no la encomendaba primero, y hacía encomendar muy de veras nuestro Señor. Y con

81

esto hacía tanta guerra al demonio, que siempre salía victorioso de las batallas que con él tenía, que fueron muchas, invisibles y visibles. De las cuales contaré aquí algunas que le sucedieron, con que nuestro Señor quiso coronar a su siervo, y fue así: Sucedió, que estando en su celda una noche orando, un su sirviente, que dormía cerca, oyóle dar grandes gemidos y que parecía que estaba peleando con alguno, y al ruido acudió a él, y hallóle de rodillas muy fatigado y sudando mucho y diciendo: Jesús me libre de Satanás, Jesús sea conmigo. Y volviendo el sirviente la cabeza a una ventanilla, que salía a la calle, vio una figura muy fiera, que tuvo que era el demonio, y dando voces a los demás sirvientes de la casa, les decía: ¿No veis al demonio, que está metido por la ventana y echando fuego por la boca? Y aunque volvieron las cabezas nada vieron, y luego desapareció; y subieron al hermano Ioan de Dios a una enfermería, donde le tuvieron en un cama ocho días muy maltratado y molido de lo que había pasado, sin declarar nada de lo que había pasado. Sólo decía algunas veces entre sí santiguándose: ¿Piensas, oh traidor, que he de dexar lo comenzado? Otra vez, de ahí a pocos días, en el mismo aposento, estando de rodillas orando y cerrada la puerta, se le puso delante una mujer de muy buen parecer, y él le preguntó, que por dónde había entrado. Y le respondió: Para mí no es menester puerta, que por donde quiero puedo entrar, y él le dixo: No es posible que pudieses entrar si no eres algún demonio. Y levantóse para ver si estaba cerrada, y halló que sí, y cuando volvió la cabeza no la vio; y subióse luego a donde estaban los enfer-

82

mos, llorando y diciendo: Hermanos, ¿por qué no rogais a Dios por mí, que me tenga en su mano? Sucedió otra vez, saliendo tarde de la noche de la casa de un hombre principal de Granada, que en un calle se le atravesó entre los pies un puerco y le hizo caer; y no dexándolo levantar, le truxo casi una hora al rededor hozando sobre él y hollándolo, hasta que salieron de casa de un médico, llamado el doctor Beltrán, que allí vivía, a socorrelle; y preguntándole qué había sido, dixo, que no sabía más de que le habían empuxado y hecho caer y traído al derredor en el lodo; y queriéndolo entrar en la casa del doctor; él no quiso sino que le llevasen con sus pobres. Y así le llevaron, donde estuvo más de un mes desollado el rostro y muy maltratado y molido. Saliendo otra vez de una enfermería por una puerta que estaba junto a una escalera, le dieron un empuxón sin ver quién, y le hicieron rodar la escalera hasta el patio, diciendo él: Iesús sea conmigo. Y al ruido salió la gente de casa y lo vio como había caído, y él levantándose se metió en su aposento, y tomando un Crucifixo en las manos, comenzó a orar y a razonar con él con muchas lágrimas. Otra vez (como acostumbraba pedir de noche) pasando por una plaza de noche, se le puso un hombre delante y le dixo: Dame limona; y Ioan de Dios le dixo: ¿En qué nombre la pides? Y él calló y desapareció. Y más arriba en otra calle se le volvió a poner diciendo, que porqué no le daba limosna. Y él dixo, que si no se la pedía por amor de Iesu-Cristo, que no se la podía dar; y diciendo esto le dio un golpe en los pechos que le hizo volver algunos pasos atrás, y desapareció.

83

Estando otra vez en su celda en oración, oyeron que dio un grito, diciendo: Iesu-Cristo, hijo de Dios vivo, socórreme. Y acudieron todos a su voz, y abriendo la puerta le hallaron abrazado con una cruz, hincado de rodillas delante una imagen de la Encarnación; y preguntándole que había tenido, respondió, que le habían levantado en el aire y traído por el aposento, y que le dexaron caer de lo alto dando en el suelo un gran golpe; y luego lo sacaron de allí y llevaron a la enfermería de los pobres; y sucedió que lo pusieron junto a un enfermo, que había ocho días que estaba penando. Y otro día de mañana dixo Ioan de Dios al enfermo (que estaba con sus sentidos entero): Di, traidor, ¿por qué no confiesas la verdad? ¿No ves que está aquí el demonio para llevar tu ánima? Y respondió el enfermo, que cómo lo sabía. Yo lo sé, dixo él; y para que sepas que lo sé: tú eres casado dos veces y son vivas las dos mujeres; y demás desto has cometido un pecado de sodomía, que por vergüenza no has confesado: confiésalo, pues a Dios es manifiesto, y tendrás salud en el alma. El enfermo quedó muy maravillado, diciendo, que nadie en el mundo lo sabía sino él, y pidióle luego con instancia que le truxese un confesor; y él le truxo un fraile de sant Francisco, y confesó y recibió el Sanctísimo Sacramento y murió, a lo que dio muestras, con gran arrepentimiento y devoción. Y así decía otras cosas ocultas, que nuestro Señor le revelaba para bien y aprovechamiento de las almas de sus pobres que le había encomendado; y por sus méritos les concedía nuestro Señor que saliesen del pecado, como se lee en muchos santos, y pareció en el caso ya dicho y en otros que sucedieron; de que

84

diré otro, que se supo de personas de crédito.

Había una mujer en el mismo hospital enferma, que sin quietarse daba grandes voces teniendo entero juicio, y decía que la arrastrasen por la plaza de Vivarrambla; y un noche oyéndola Ioan de Dios, subió allá y díxole: ¿Por qué das voces? Respondió; Porque quiero que me arrastren; y él le dixo: Quita el demonio de tu corazón, y luego no querrás que te arrastren; porque bien sé yo que ha diez años que estás amancebada. Y ella respondió, que era verdad, y que otros diez años que había que no confesaba verdad. Y Ioan de Dios entonces le persuadió con muy amorosas palabras, animándola a que pidiese perdón a Dios y confesase sus pecados. Y ella lo hizo, y murió

cristianamente. Estando una vez enfermo en una enfermería de su hospital, llamó a un enfermero, y díxole: que fuese a una sala que estaba sobre aquélla, y que pusiese una vela en la mano de un niño que quería expirar; y el enfermero fue, y lo halló así, y se espantó de sabello Ioan de Dios, porque aun no sabía que estuviese allí enfermo aquel niño; y se la puso, y a la hora espiró. Contaba una persona su devota, que le decía algunas veces que había de morir entre viernes y sábado; y así fue, que murió después de pasada media hora de la media noche. Y asimismo, que había de haber muchos de su hábito en el ministerio de los pobres por todo el mundo; y así se va cumpliendo, como en su lugar se dirá.

85

## CAPITULO XIX

### DEL FERVIENTE CELO QUE TENIA DE LA HONRA DE DIOS Y DE LA SALVACION DE SUS PROXIMOS.

Del mucho amor que Ioan de Dios tenía a nuestro Señor le procedía un deseo ferventísimo, que fuese honrado en todas sus criaturas. Y así lo procuraba como principal fin en todas sus obras, que dellas resultase gloria y honra de nuestro Señor; de suerte que la cura del cuerpo fuese medio para la del alma. Y jamás administró lo temporal a alguno, que con ello no procurase juntamente remediar su alma, si dello tenía necesidad, con sanctas y fervientes amonestaciones, como él mejor podía, encaminando a todos a la carrera de la salud predicando más con vivas obras que palabras el menosprecio del mundo y la burlería de sus engaños, y el tomar su cruz y seguir a Iesu-Cristo; como todo esto ha parecido bien por el discurso de lo que está dicho de su vida. Y la paciencia grande con que sufría cualquiera pesadumbre o injuria, acosta de que (como buen mercader) sacase alguna ganancia que perteneciese a la honra de Dios, que era la mercadería que trataba. Y aunque de esto se podrían contar muchos casos que le sucedieron, sólo diré uno que oí a personas fidedignas, y fue así: Estaba en Granada una mujer, que había venido a seguir un pleito de fuera de ella, en estreno de buen gesto, y pobre; y entrando Ioan de Dios en casa de un letrado vióla allí, y considerando su manera y en lo que entendía, parecióle que andaba

86

en manifiesto peligro de ofender a nuestro Señor. Apartóla a una parte y preguntóle de su vida; y como ella se la contase y su necesidad, díxole: Ruego, señora, por amor de nuestro Señor, que hagais lo que yo os dixere; y hareis en vuestro remedio, y vuestro pleito se hará mejor; y es, que yo os encaminaré a que vivais en un casa de unas mujeres recogidas, en su compañía y en aposento aparte, a donde esteis a vuestro gusto, conforme a vuestra calidad. Y yo os daré de comer y solicitaré vuestro pleito, por sólo que esteis recogida y no salgais fuera, por el peligro de vuestra honra. La mujer vino de buena gana en ello; y él la puso, como dixo, en un casa honrada, y le daba lo necesario y solicitaba su pleito; y iba algunas veces a vella para dalle el bastimento, y cuenta del estado de su pleito, y siempre le pedía de rodillas y con lágrimas no saliese y mirase por su honra y no ofendiese a Dios, pues él le daba de comer y hacía su pleito. Sucedió que un noche tarde algo, andando pidiendo, entró en una casa de camino, y hallóla sola en su aposento y muy compuesta; comenzóla a reeprehender ásperamente la compostura y el estar sola a tal hora, diciéndole tales cosas que la hizo llorar; y amonestándola lo que debía hacer, se fue dándole lo que solía para su sustento. Y parece que esta mujer, con poco temor de nuestro Señor, tenía un mancebo escondido detrás de una cama para pecar con él. El cual oyó todo lo que pasó; y hicieron en él tal impresión las palabras de Ioan de Dios, y el ver con cuanta caridad procuraba la honra de Dios y el bien de

aquella alma, que totalmente quietó en él este el fuego de la concupiscencia en que él estaba enlazado. Y salido de allí llorando y conver-

87

tido, comenzó a persuadir a aquella mujer que fuese casta, y no diese tan mal pago a Dios y a aquel sancto, que en su nombre la mantenía y persuadía la verdad y lo que le convenía. Y en aquel mismo punto se salió luego de la casa, y se fue haciendo firmísimo propósito de no ofender más a nuestro Señor, sino serville. Y así lo cumplió, porque de ahí adelante mudó su vida en mejor, y acabó con muy buen exemplo y cristiandad. Y bien se entiende por aquí la gran bondad y magnificencia de nuestro Señor, que no permitió que quedase sin fructo el trabajo que por su amor puso su siervo; pues ya que aquella mujer no quiso aprovecharse de tanto bien como se le ofrecía (como por la mayor parte hacen las tales) su Majestad deparó quien recibiese aquella gracia. Porque tiene dicho por su profeta Isaías, cap. 55: Mi palabra que saliera de mi boca no volverá a mí vacía, sino hará todo aquello que yo quisiere, y prosperarse ha en aquellos para quien la envié.

## CAPITULO XX

### DE LA MUERTE DE IOAN DE DIOS.

Eran tantos los trabajos en que Ioan de Dios se ocupaba por dar remedio a los de todos, así de caminos y salidas que hacía, en que padecía muchas frialdades, como del trabajo ordinario de la ciudad, que se desvencijó, y desta enfermedad (como él le hacía poco regalo) padecía gravísimos dolores, y disimulaba cuanto él podía, por no dallo a entender

88

y dar pena a sus pobres en vello malo; mas estaba ya tan flaco y debilitado y sin fuerzas, que no lo podía ya disimular. Y sucedió a esta sazón, que el río Genil vino aquel año muy crecido por las grandes aguas que había llovido; y dixéronle a Ioan de Dios, que el río con la creciente traía mucha leña y cepas. Y él determinóse, con la gente sana que había en casa, de illa a sacar, porque el invierno era muy fuerte de nieves y fríos, para que los pobres hiciesen lumbre y se calentasen. De meterse en el río en tal tiempo, cobró tanta frialdad sobre la enfermedad que tenía, que aquexándole más gravemente el dolor que solía, cayó muy enfermo; y la causa de meterse tanto en el río fue, que de la gente pobre que venía a sacar leña, un mozuelo entró incautamente en el río más de lo que sufría, y la corriente arrebatólo y llevábalo; y Ioan de Dios, por socorrelle, entró mucho, y al fin se ahogó, que no pudo asille. Y desto cobró mucha pena; de manera que su enfermedad se iba agravando cada día más.

Como era llegado el término que nuestro Señor tenía puesto para dar a su siervo el premio y galardón de su trabajos, sucedió, estando así en la cama, que algunas personas con celo indiscreto, y pasándoseles muy por alto, y no entendiendo el subido modo de proceder de Ioan de Dios, fuéronse al Arzobispo don Pedro Guerrero, que a la sazón era de Granada, y informáronle cómo en el hospital de Ioan de Dios se llegaban hombres de muchas maneras; y que había algunos que podían trabajar, y que no albergándose allí irían a trabajar y buscar su vida; y que así mesmo había mujeres malmiradas, que deshonoraban a Ioan de Dios, no

89

teniendo respecto al bien que se les hacía: que mandase poner remedio en esto, pues a él pertenecía. Oído por el Arzobispo (como buen pastor que era y perlado muy celoso de la salvación de sus

ovejas) mandó llamar a Ioan de Dios, no sabiendo que estaba malo. Como lo oyó levantóse como pudo, y fue luego a su llamado con toda presteza; y llegado a él le besó la mano y recibió su bendición, y le dixo: ¿Qué es lo que manda, buen padre y perlado mío. El Arzobispo le dixo: Hermano Ioan de Dios, he sabido cómo en vuestro hospital se recogen hombres y mujeres de mal exemplo y que son perjudiciales, y que os da mucho trabajo a vos propio su mala crianza; por tanto despedidlos luego, y limpiad el hospital de semejantes personas, porque los pobres que quedaren vivan en paz y quietud, y vos no seais tan afligido y maltratado dellos. Ioan de Dios estuvo muy atento a todo lo que su perlado le dixo: Padre mío y buen perlado, yo soy el malo y el incorregible y sin provecho, y que merezco ser echado de la casa de Dios; y los pobres que están en el hospital son buenos, y yo no conozco vicio ninguno dellos; y pues Dios sufre a malos y buenos, y sobre todos tiende su sol cada día, no será razón echar a los desamparados y afligidos de su propia casa. Fue tan agradable al Arzobispo la respuesta que Ioan de Dios dio, viendo el amor tan paternal y afecto tierno que a sus pobres tenía; y cómo por volver por ellos se echaba a sí todas las faltas que se les imputaban, que como sabio y espiritual, entendiéndolo bien, y pareciéndole que a tal hombre bien se le podía encargar más que aquello, le dio su bendi-

90

ción y le dixo: Id bendito de Dios, hermano Ioan, en paz, y haced en el hospital como en vuestra casa propia, que yo os doy licencia para ello. Con esto se despidió dél, y se vino para su hospital. Y viendo cómo se le agravaba el mal (porque de ahí a poco le dio frío y calentura, y sospechando lo que podía ser) se esforzó cuanto pudo, dándole nuestro Señor fuerzas para ello, y tomó un libro blanco y unas escribanías y un hombre que le escribiese, y se fue por la ciudad de casa en casa de los que algo debía; íbalos asentando, y la cantidad de la deuda, y de qué se debía; y algunas había que ya no se acordaba su dueño dellas. Y así puso por orden todo lo que debía, y trasladallo en otro libro de manera que hobiese dos; y el uno se puso en los pechos y el otro mandó guardar en el hospital, a fin de que si Dios le llevase y se perdiese el uno, estuviese allí en depósito el otro, y se pagase lo que debía, habiendo claridad dello; y este fue su testamento. Y acabado de hacerse, volvió a su celda tan fatigado ya, que no se podía menear, y se acostó; y desde allí, como no podía salir, con cédulas que enviaba, procuraba remediar los pobres que a él acudían. Y nuestro Señor proveía tan cumplidamente lo necesario como si él anduviera, como solía, procurándolo; porque todos los señores y ciudadanos proveían cumplidamente, sabida su enfermedad, y animaban a su compañero Antón Martín a que supliese lo que Ioan de Dios faltaba.

Sabida que fue su enfermedad de doña Ana Osorio, mujer del veinte y cuatro García de Pisa, señora de mucha cristiandad y exemplo (a quien por esto amaba mucho el hermano Ioan de Dios), le fue a visitar; y vista su dolencia y el poco refri-

91

gerio que allí tenía, y tan cercado de pobres, que no le daban lugar a reposar un poco (y él, que a nada contradecía), le rogó muy ahincadamente, que consintiese que lo llevasen a su casa a curar, donde se le haría cama y darían lo necesario; porque hasta allí sólo en las tablas estaba echado y la capacha en la cabecera; y aunque él se escusó todo lo que pudo, diciendo, que no lo sacasen de entre su pobres, porque entre ellos quería morir y ser enterrado, al fin le venció con decille, que pues él había predicado a todos la obediencia, que obedeciese ahora a los que con tanta razón le pedían por amor de Dios. Y así truxeron una silla para llevarlo; y puesto que fue en ella, como lo pobres supieron que lo querían llevar, todos los que pudieron se levantaron y le cercaron; y aunque le quisieran resistir por el gran amor que le tenían, como es gente que a los infortunios y trabajos que tienen nunca hacen resistencia sino con gemidos y lágrimas, comenzaron todos a levantar tal alarido y gemido, hombres y mujeres, que no hubiera corazón, por duro que fuera, que no reventara

en lágrimas. Y él, oyéndolo y llorando y viéndolos afligidos, alzó lo ojos al cielo con suspiros, y díxoles: Sabe Dios, hermanos míos, pues Dios es servido que muera sin veros; cúmplase su voluntad. Y echándoles su bendición a cada uno por sí, les dixo: Quedad en paz, hijos míos, y si no nos viéremos más, rogad a nuestro Señor por mí. A estas palabras tornaron a levantar de tal manera el alarido y decían tales lástimas, que penetraron de tal manera las entrañas de Ioan de Dios (que poco había menester, porque los amaba) que quedó desmayado en la

92

silla. Y vuelto en sí, por no dalle más pena, lo llevaron en casa de esta señora; y como había comenzado a obedecer y propuesto de havello, aunque hasta allí, por enfermo que estuviese, nunca había mudado el traje, por áspero y pobre que era, entonces dexó que hiciesen en él cuanto le mandaban, por dar exemplo de obediencia. Y así le pusieron camisa y le echaron en una cama, y curaron de él con mucha caridad y cuidado, así de médicos como de medicinas y todo lo demás necesario. Y aquí fue visitado de muchas personas principales y señores, y de todos regalado, a porfía el que más podía. Y él de todo esto no gustaba, salvo de la caridad que vía que a ello les movía; porque, junto con esto, le habían privado que no viese pobre ninguno y puesto un portero que no los dexase entrar, porque en viéndolos lloraba y recibía pena.

Como el Arzobispo supo cuan al cabo estaba, fuéolo a visitar, y consolólo con sanctas palabras, animándole para aquel camino; y al cabo le dixo, si tenía algo que le diese pena, que se lo dixese, porque, pudiendo él, lo remediaría. El le respondió: Padre mío y buen pastor, tres cosas me dan cuidado: la una lo poco que he servido a nuestro Señor habiendo recibido tanto; y la otra los pobres que le encargo, y gentes que han salido de pecado y mala vida, y los vergonzantes; y la otra estas deudas que debo, que he hecho por Iesu-Cristo. Y púsole el libro en la mano, en que estaban asentadas. Y el perlado respondió: Hermano mío, a lo que decís que no habeis servido a nuestro Señor, confianza en su misericordia, que suplirá con los méritos de su pasión lo que en vos ha faltado; y en lo de los pobres, yo los recibo y tomo a mi

93

cargo, como soy obligado; y en cuanto a las deudas que debeis, yo las tomo desde luego a mi cargo para pagallas; y yo os prometo de havello como vos mismo lo hiciérades; por tanto sosegá y nada os de pena, sino sólo atended a vuestra salud y encomendaros a nuestro Señor. Gran consolación recibió lo que le prometió; y después de habelle dicho otras palabras de mucha consolación le besó la mano y recibió su bendición; y despedido, se fue de camino a visitar el hospital.

Agravándosele más la enfermedad a Ioan de Dios, recibió el sacramento de la penitencia (aunque muy a menudo lo hacía siempre) y truxéronle a nuestro Señor y adorólo., porque la enfermedad no daba lugar a recibillo, y llamando a su compañero Antón Martín, encargándole mucho los pobres y los huérfanos y los vergonzantes, amonestándole lo que había de hacer con muy sanctas palabras. Pues sintiendo en sí que se llegaba su partida, se levantó de la cama y se puso en el suelo de rodillas abrazándose con un Crucifixo, donde estuvo un poco callando, y de ahí a un poco dixo: Jesús, Jesús, en tus manos me encomiendo. Y diciendo esto con voz recia y bien inteligible, dio el alma a su Criador, siendo de edad de cincuenta y cinco años, habiendo gastado los doce éstos en servir a los pobres en el hospital de Granada. Y sucedió una cosa harto digna de admiración, y que no sabemos que se lea de otro ningún santo, sino de S. Pablo el primer ermitaño: Que después de muerto quedó su cuerpo fixo de rodillas sin caerse por espacio de un cuarto de hora, y quedara así hasta hoy con aquella forma, si no fuera por la simpleza de los que estaban pre-

94

sentos, que como lo vieron así, les pareció inconveniente, si se helaba, para podello amortajar. Y así lo quitaron, y con dificultad lo estiraron por amortajallo, y le hicieron perder aquella forma de estar de rodillas. Estuvieron presentes a su muerte muchas señoras principales y cuatro sacerdotes, y todos quedaron admirados y dieron gracias a nuestro Señor de tal manera de muerte, y cuan bien hacía consonancia con la tal vida. La cual fue a la entrada del sábado, media hora después de maitines, a ocho de Marzo de mil y quinientos y cincuenta años.

## CAPITULO XXI

### DEL ENTERRAMIENTO Y OBSEQUIAS DE IOAN DE DIOS.

Bien se cumplió en la muerte de Ioan de Dios lo que Cristo nuestro redemptor dixo en su evangelio por sant Mateo cap. 23: Que el que se humillase sería ensalzado. Pues él, todo el tiempo que sirvió a nuestro Señor gastó en abatirse y menospreciarse, y ponerse en lugar baxo y humilde por todos los modos y maneras que él pudo, como en el proceso de su vida parece bien claro. Así, nuestro Señor, cumpliendo bien su palabra, tuvo tanto cuidado en vida y en muerte de levantallo y honrallo, que se puede bien decir, que a su cuerpo se le hizo el más sumptuoso y honrado enterramiento que jamás se hizo a príncipe, emperador, ni monarca de el mundo; porque, aunque a algunos príncipes haya acudido a su entierro tanta y tan principal gente o más, sería muy diferente el afecto de los unos o de lo otros, que es con lo que se da la verdadera

95

honra; porque áquellos, por cumplimiento y aplacer al sucesor, y algunas veces por fuerza (como son todos cumplimientos del mundo); pero a éste fue diferente, porque siendo tan pobre y menospreciado y no poseyendo algo en la tierra, no se pudo poner sospecha, en los que le acudieron a honralle, de ninguna de las tres cosas que sant Ioan dice andan embelesados los hombres del mundo; y con todo eso, no siendo de día y sabiendo que Ioan de Dios era muerto, fue tanta la gente que acudió, sin llamar a ninguno, de todas calidades, que fue cosa de admiración.

Amortajaron el cuerpo, y pusieronlo sobre un sumptuoso lecho bien adornado en una sala grande, y allí se pusieron tres altares, y se dixerón luego gran número de misas por todos los frailes y clérigos de la ciudad, que les dieron lugar desde aquella hora hasta que lo llevaron a enterrar, y todos iban a decir sus responsos al cuerpo. Cuando fueron las nueve de la mañana, era tanta la gente que había acudido al entierro, que no cabían en la casa ni en las calles. Comenzóse a hacer, y tomaron el cuerpo en sus hombros el Marqués de Tarifa y el Marqués de Cerralbo y don Pedro de Bobadilla y don Ioan de Guevara, y baxáronlo hasta la calle, y allí hubo alguna contienda sobre quién lo había de llevar; y acudió un padre venerable y de mucha santidad, de la orden de los Menores, llamado Cárcamo, con otros de su religión, y dixo: Este cuerpo nos conviene llevar a nosotros, pues su vida imitó tanto a la de nuestro padre S. Francisco en pobreza, penitencia y desnudez. Y así se lo dexaron un buen trecho, y después acudían religiosos de todas órdenes, y a trechos llevaba cada uno un

96

rato hasta llegar a nuestra Señora de la Victoria. El Corregidor y justicia ponían orden en la gente y hacían lugar, y era bien menester, según la muchedumbre había; y iba hecha una procesión en esta manera: Iban en la delantera los pobres de su hospital y todas las más de las mujeres que él había casado y doncellas pobres y viudas, todos con sus candelas en las manos, llorando amargamente y contando a voces los bienes y limosnas que dél habían recebido. Y luego iban todas las cofradías de la ciudad y los frailes de todas las órdenes, mezclados, con sus velas. Y luego la cruz de la



parroquia con sus clérigos, y al cabo el cabildo y canónigos y dignidades de la Iglesia con su cruz, y el Arzobispo y capellanes de la capilla Real, y luego el cuerpo; y detrás lo veinte y cuatro y iurados de la ciudad y caballeros y señores con ellos; y luego todos los oficiales y letrados de la Audiencia Real y otra infinita gente; haciendo sentimiento por él, y no sólo los cristianos viejos, sino los moriscos también lloraban y iban diciendo en su algarabía el bien y limosnas y buen exemplo que a todos había dado, y clamaban echando mil bendiciones. Doblaron en la Iglesia mayor con todas las campanas, y en todas las parroquias y monasterios de la ciudad con tanto clamor, que parecía que como racionales, haciendo sentimiento diferente del que suelen.

Llegados que fueron a un placeta que está delante la puerta de nuestra Señora de la Victoria, pararon con el cuerpo; porque era tanta la priesa de entrar a la iglesia, por la mucha gente que cargó, que fue menester detenerse gran espacio de tiempo,

97

porque no era posible entrar. Y con la gran devoción que la gente le tenía, pareciéndoles que ya no le habían de ver más en esta vida, remetieron, sin poder ser resistidos, a ver y tocar el cuerpo y llevar alguna reliquia dél; que unos tocaban cuentas y otros horas y otras cosas para su consuelo; y fue tanta la gente que se llegó y los gritos que sobre el cuerpo daban llorando, que en ninguna manera los podían apartar dél, ni por ruegos ni por fuerza; y si Dios no proveyera de hacerlo apartar, hasta el ataud hicieron pedazos, para llevar por reliquias, como comenzaron y no dieron lugar al entierro. Finalmente, dando lugar, entraron el cuerpo en la iglesia, y le pusieron sobre un rico lecho que estaba hecho. Salieron a recibille los frailes que quedaron en casa, y fueron a traelle con su general (que a la sazón estaba en Granada), el cual hizo el oficio y dixo la misa, y un fraile de la misma orden predicó muy subidamente, tratando de la humildad y menosprecio del mundo, y cómo por este camino ensalza nuestro señor a los suyos. Dixéronse muchas misas aquel día, con gran copia de hachas y cera, y enterráronlo en una bóveda de la capilla de García Pisa, que era de aquella de aquella señora en cuya casa murió. Y otros dos días, que fueron domingo y lunes, se hizo de la misma manera, con la misma solemnidad de misa y sermón y otras misas y mucho concurso de pueblo; y no se predicó sermón en más de un año en Granada, en que no se truxese a plática Ioan de Dios y su vida, para prueba de algo que se trataba y exemplo del pueblo. De este día en veinte años entraron unos caballeros en la bóveda con deseo de velle y hallaron que estaba entero sin comérsele sólo el pico de la nariz;

98

de lo cual quedaron admirados, por no haber hecho en su cuerpo diligencia ninguna de embalsamalle como a otros, para que no se corrompan. El cual, según sus obras y la gran bondad y misericordia de nuestro Señor, se puede piamente creer, que está gozando de su Majestad en su gloria, que según su palabra tiene aparejada para los tales; a la cual plega a su Majestad encaminar nuestros pasos con tal vida y obras, que merezcamos vivir con él para siempre. Amén.

## CAPITULO XXII

### DE LO QUE SUCEDIO DESPUES DE LA MUERTE DE IOAN DE DIOS.

Ya queda dicho cómo antes que pasase desta vida Ioan de Dios, quedó encomendado el hospital a su compañero Antón Martín para que le rigiese y mirase por él, como él hacía; el cual, como bien enseñado de su maestro en la caridad y cura de los pobres, estuvo algunos días en el hospital exercitando su oficio con mucho cuidado; y movido de las necesidades que vio que la casa tenía,

parecióle ir a la Corte a pedir a los señores y grandes (como Ioan de Dios hacía) para cumplir con ellas y llevar adelante la obra comenzada. Y allá algunas personas devotas y principales persuadiéronle que fundase en Madrid un hospital de su instituto y orden, que era muy necesario para que con caridad y cuidado se curasen los enfermos y pobres, y que le darían muchas ayudas para ello con que se pudiese hacer. El cual lo aceptó, y se comenzó a hacer

99

y se hizo donde ahora está, y se dice el hospital de Antón Martín, tan grande y principal como todos saben, donde se curan muchos pobres, y hay muchos hermanos del mismo orden y instituto que en Granada, salvo que diferencian en ser un poco más oscuro el color del sayal que traen, que los de Granada; y traen las capachas debaxo del brazo, y no al hombro, porque decían que les sucedía topar con ellas a los caballeros y personas principales con quien trataban, como hay tantos allí. Comenzada esta obra de Madrid y estando en buenos términos, Antón Martín volvió a Granada y truxo muchas mantas y lienzo de ropa y otras limosnas en dinero para el hospital, y dando cuenta al Arzobispo don Pedro Guerrero del estado del hospital que dexaba comenzado. Y pedida su licencia y habida, se volvió allá; donde estuvo exercitándose en muy sanctas obras, así de su hospitalidad como de penitencia (porque fue en extremo penitente y de gran exemplo y de buena vida) hasta que murió; y como su vida había dado a todos buen olor, acudieron a su enterramiento todos los señores y grandes de la Corte, y hízose muy solemne, y enterráronlo en una capilla principal del monasterio de sant Francisco de la villa de Madrid, donde reposa en el Señor.

Pues, volviendo a nuestra historia: como Antón Martín se fue, quedaron en el hospital otros hermanos, de que después haré más mención (que como discípulos de tan santo varón, salieron tales, que es bien digna de saberse su vida y lo que después hicieron). Y éstos regían y administraban el hospital por el orden que vieron a su maestro, siendo siempre uno hermano mayor, que como superior

100

mandaba todo lo de casa, y los demás le obedecían. Sucedió, pues, que como eran tantos los pobres que acudían al hospital de todas enfermedades, y a ninguno se le negaba la puerta, como siempre fue y es costumbre en este hospital, no cabían de pies, y era mucha la estrechura que tenían, y grande la necesidad de buscar lugar más capaz, porque todos cupiesen y tuvieren holgura. Acudieron con esta necesidad al Arzobispo don Pedro, el cual era menester poco para que acudiese luego con todas sus fuerzas a semejantes necesidades. Y él, visto lo que pasaba, procuró poner remedio en ella; y así, considerando dónde habría lugar dispuesto y espacio para ello, y en el común cómodo cerca de todo lo de la ciudad, y fuera della por el aire, parecióle que no había alguno mejor que adonde ahora está el hospital, que era un suelo de la ciudad, junto a otro que era de los frailes de sant Hierónimo, donde decían que había sido sant Hierónimo el viejo; y concertó con la ciudad y con los frailes, que para una obra pública y tan necesaria como ésta, que diesen cada uno lo que les pertenecía del solar, donde se edificase el hospital, y que él ayudaría para la obra, y lo demás se haría de las limosnas de los fieles que se pedirían para eso, y que asimismo los frailes gastasen allí ciertas limosnas que un Obispo de Guadix, llamado don Antonio de Guevara y Avellaneda, les había dexado en su muerte, para que en esta ciudad lo gastasen en los pobres y obras pías; y como ninguna había más pía que está, que aquí se emplearía bien. Concertado esto con todos, la obra se comenzó, y el Arzobispo ayudó luego con mil seiscientos ducados, y el padre Avila, que al presente estaba aquí,

101

comenzó a divulgar la obra por los púlpitos y encargalla a todos, que ayudasen con sus limosnas. Y era tanto lo que este varón podía y estaba acepto al pueblo, que en breve tiempo le acudieron todos (como antiguamente a Moisen) para la edificación y ornato del tabernáculo de Dios. Porque uno traían dineros en grueso y otros bastimentos y peones, y otros ropa, y las mujeres sus manillas y zarcillos y sortijas y todo género de joyas, con tanto hervor y devoción, que en breve se allegó mucha limosna, y la obra iba creciendo, y se acabaron los tres cuartos que ahora están hechos, y el Arzobispo dio dineros con que se hiciesen de presto puertas y ventanas y atajos, y se pasasen los pobres, como se pasaron, a las nuevas salas donde ahora están, que aun la obra no está acabada. Y la causa ha ido, porque el demonio, que nunca duerme, sino como sembrador de cizaña, quiso meter su mano en esto, que vio que tan próspero iba en el servicio de nuestro Señor; y por los medios que él suele, dio orden en que hobiese pleitos entre los frailes y los hermanos, que hasta hoy duran, y aun no están averiguados. Que no es de mi intento tratillos, porque son cosas que van por tela de juicio; y en el de Dios, si pareciesen, presto se averiguarían, pues redundan de aquí que muchas buenas obras cesen: dexémoslo a él, y volvamos a decir el orden de los hermanos.

102

### CAPITULO XXIII

#### DE EL ORDEN QUE HOY DIA TIENEN LOS HERMANOS DEL HOSPITAL DE IOAN DE DIOS, Y EL FRUCTO QUE POR TODAS PARTES HAN HECHO.

Fue tan grande el exemplo de vida que dexó Ioan de Dios, y lo mucho que agradó a todos, que muchos se animaron a imitalle y seguir su pisadas, sirviendo a nuestro Señor en sus pobres y exercitándose en el oficio de la hospitalidad por sólo Dios; para lo cual no son menester letras ni estudios, sino mucho menosprecio de mundo y de sí, y mucha caridad y amor de Dios. Y por eso se animaron y animan a entrar personas de todas edades y estados, que para otras órdenes no eran útiles por fatalles letras. El orden que tienen en recibillos es este: Entran en el hospital examinados de el intento que traen de servir a nuestro Señor, si es derecho; y siendo tal, recíbenlos y hacen que en hábito honesto pardo sirvan a los pobres y en el oficio que les mandaren por algunos días: algunos, dos y tres y seis años, según les parece que hay necesidad; donde les prueban en toda humildad y honestidad; y si salen tales, después de pedillo con mucha humildad al hermano mayor y rector, danles el hábito. Y así están con él también por algunos años, hasta que les hallan beneméritos para dalles la profesión; que así esto como su orden de vivir y proceder, en todo parecerá como en las constituciones de la orden, que adelante se pondrán, y por eso no lo digo aquí. Están de ordinario en esta

103

casa de Granada diez y ocho y veinte hermanos; exercítanse en asistir en las enfermerías curando los pobres parte dellos, y otros sirven los oficios de la casa, y otros salen por la ciudad a pedir limosna, que la tienen repartida en parroquias; cada uno pide la suya, y otros salen fuera por la tierra y comarcas a pedir trigo y cebada y queso, aceite, pasa y las demás cosas necesarias a la vida. Y con esta industria llegan limosna bastante para el sustento del hospital, y con la poca renta que él tiene lo provee nuestro Señor, de manera que se sustentan de ordinario ciento y veinte camas y treinta sirvientes sin los hermanos, y algunas veces en tiempo de necesidad hay trescientas y cuatrocientas camas, y todos se sustentan y curan con la providencia de nuestro Señor, no sin justa admiración de todos; porque tuvo y tiene siempre, desde el principio, este hospital una cosa heredada del bendito Ioan: que no se desecha pobre que llegue, ni hay camas limitadas, sino a todos reciben cuantos

llegan, y aunque no haya cama tienen por mejor hacerle echar en un zarzo de anea mientras la hay, y allí manténelle y sacramentalle, que no sin nada desto que se mueran por los suelos. Todos los sirvientes que aquí entran sirven de caridad por amor de Dios, y a ninguno se le da salario. Y así es mejor servida la casa que en parte del mundo, porque todos entran por salvar sus ánimas exercitándose en la caridad; y así cada uno hace lo que más puede, sin que sea menester reprehensión.

No sólo se ha hecho aquí el fruto que está dicho, sino que desta casa, como de cabeza, han salido hermanos de mucho exemplo, que han fundado hospitales en otras muchas partes, donde se hacen mu-

104

chas buenas obras nacidas de aquel granico que nuestro Señor sembró en Ioan de Dios, a su imitación y exemplo. Porque de aquí salió Marín de Dios, que fundó el hospital que los hermanos tienen en la ciudad de Córdoba, que antes era el hospital de sant Lázaro y el Rey se le dio a este hermano, y allí fundó un muy buen edificio donde hay muchas camas, y tiene buena renta ya de trigo y dineros. Este hermano fue de muy sancta vida, muy penitente y anduvo siempre descalzo, y así acabó sanctamente.

En la villa de Lucena en el Andalucía, que es del Duque de Segorbe, fundó un hospital un hermano desta casa llamado Frutos de sant Pedro, donde se curan los pobres que por allí acuden. En la ciudad de Sevilla fundó el hospital, que llaman de las Tablas, el hermano Pedro Pecador, que fue desta casa; y llamóse de las Tablas porque al principio fue su intento que sirviese de acoger de noche los peregrinos y desamparado, y así ponían unas tablas a la larga, donde dormía mucha gente con la ropa que había; y después hizo enfermería, donde se curaban los que había enfermos de aquellos que allí recogía. Y este hospital se pasó después a la placeta de sant Salvador, donde ahora está, y se llama de nuestra Señora de la Paz, y tiene sesenta camas, todas de incurables; y el otro de las Tablas se quedó así para que sólo sirviese de acoger a los peregrinos de noche, como sirve, y tienen cuidado dél los hermanos deste otro hospital, que son doce y viven con mucho orden y religión; y porque de la vida deste hermano haremos capítulo por sí, porque es muy memorable y ya pasado desta vida, aquí no digo más.

105

En Roma y Nápoles hay también hospitales desta orden. Y su principio fue este: que como los hermanos desta casa de Granada fuesen allá, en vida del Sumo Pontífice Pío quinto, de felice recordación, por causa de defender el pleito que traían con los frailes de sant Hierónimo; como su oficio no es pleitos sino hospitalidad, y vieron que estaban ociosos, el hermano fraile Sebastián Arias comenzó a fundar un hospital en la ciudad de Roma con favor del Sumo Pontífice, que le agradó su instituto y el ver con cuanta caridad se exercitaban en la cura y cuidado de los pobres; así lo favoreció tanto, que no sólo dio calor para que esta obra se hiciese (que en cinco meses se pusieron sesenta camas y otras ayudas que les hizo) pero procuró reducir los hermanos a orden y religión; y para que fuesen verdaderos religiosos les concedió una bula muy favorable en que, entre otras cosas, les mandó militasen debaxo de la regla de la orden de sant Agustín, y que así lo profesasen, como todo parecerá por la bula, que a la letra pondré adelante. Y nuestro muy Santo Padre Gregorio XIII, que hoy felicemente preside en la Iglesia Romana, les ha sido y es muy favorable, y les concedió por protector al Reverendísimo Cardenal Gavelo (Sabello), su vicario, para que los defendiese y amparase en todas sus necesidades, como lo hace con mucha caridad y benevolencia.

En otras partes hay también fundados hospitales desta orden en España, que dexo por evitar prolixidad; sólo digo, que hará pocos días que hasta las Indias occidentales ha volado la fama de

Ioan de Dios, y cuan útil es su orden para el ministerio de la hospitalidad; pues que enviaron a esta casa

106

de Granada cartas del Perú, Panamá y Nombre de Dios, de hospitales, que allá están fundados las cabezas dellos, sujetándose y sometiéndose a la obediencia y sujeción de esta casa y a su orden y instituto, y pidiendo con mucha instancia les envasen la orden de su vivir y constituciones de los hermanos y la bula que tienen, porque querían allá introducir la orden suya, para que los pobres se curasen con la claridad que convenía. Y así se les envió, como lo pedían, en el año pasado de mil y quinientos y ochenta y uno. Por donde me parece sería mucha razón que todos los príncipes cristianos les favoreciesen, y procurasen su aumento y el ayudar con limosnas las casas; pues es un bien tan común y universal, y que resulta en tanta utilidad de sus reinos el haber una orden que con la caridad que se debe y sin interés humano se exercita en la cura y cuidado de los pobres, y en sufrir los hedores y inmundicias que tal oficio de fuerza trae consigo. Por lo cual con ningún interés se podían hallar personas que lo exercitasen como se debía, porque naturalmente a todo hombre da horror, y si esto no se vence con caridad, no hay otras armas para él. Y habiendo proveido nuestro Señor orden, que sólo su instituto sea éste, con tanta misericordia, y que por sólo su amor lo hagan con la caridad que se debe, es digno de retribuille muchas gracias por ello, y que todos los que tienen desto conocimiento y desean su gloria y el bien común, lo favorezcan y amparen, cada uno con lo que más pudiere; pues demás de esto es gente toda los hermanos muy virtuosa y de mucho exemplo, y que entre ellos ha habido grandes hombres en sanctidad y vida. Y porque se entienda algo desto, haré aquí en breve

107

mención de la vida de uno, que es pasado desta presente; y aunque de otros pudiera, no lo haré, que aun no es tiempo; porque algunos aun viven, y los que los que han muerto está aún reciente su memoria y tuvieron todos noticia dellos, y así no me pareció era ahora necesario alargar más la historia.

## CAPITULO XXIV

### DE LA VIDA DE PEDRO PECADOR

Bien parece cuan diferente es la prudencia y saber de los hijos de Dios, de la de los hijos deste siglo; pues éstos, llenos de hipocresía, buscan nombres y ditados, a su parecer honrosos y ilustres y que en este mundo son de estima, para con ellos encubrir sus faltas y lo que no tienen de virtud, y así parecer lo que no son; y lo otros, por el contrario, como de verdad les pertenezca y esté bien todo buen nombre, ellos buscan los más baxos y abatidos, para que pareciendo tales, encubran el tesoro que del Señor tienen recebido, y le den honra confesando por aquí su gran clemencia; pues a hombres tales hace favor y merced y se acuerda dellos, siendo él quien es. Y esta fue la causa porque este santo varón tuvo por bien de llamarse Pedro Pecador; porque, como de verdad él estuviese muy fundado en el conocimiento propio y estimación de Dios, por la lumbre que su Majestad fue servido de comunicalle, cuanto más sube esta balanza, más baxa la del conocimiento de su propia miseria y poquedad. Y así, de tan subida empresa ningún blasón de armas le pareció podía sacar más honroso

108

que denotara el hecho, que tomar por nombre Pedro Pecador. Y bien denotó esto en la escuela que había aprendido, y que su vida había de ser tal como la de los varones señalados; pues a muchos que nuestro Señor quería hacer tales, para dallo a entender, les mudaba los nombres en otros de los que antes tenían. Este fue tal, según los muchos barruntos que dél tenemos, que meritísimamente se pudiera hacer libro por sí de su vida, y loores de sus grandes virtudes, gran penitencia y amor perfectísimo de Dios y del próximo, su vida eremítica de muchos años, de la soledad del monte. Y esta fue la causa de saberse poco della; porque con mucha dificultad y por sólo Dios podía ser atraído a que viviese en lo poblado, como se verá en lo que dél diremos, que será en suma lo que dél hemos podido saber, y es así.

Fue Pedro Pecador natural desta Andalucía; el lugar particular no se sabe, ni el camino por donde fue su conversión y el seguir tan de veras el camino de nuestro Señor; salvo que desde bien mozo, y a los principios en la ciudad de Iaén, se exercitaba en trabajar por sus manos, y de allí comía. Y este estilo llevó siempre (como el apóstol S. Pablo) que siempre quiso comer de su trabajo y nunca pedía donde quiera que estuvo. Echaba agua por las calles con dos cántaros a cuestas y de allí comía; y lo que le sobraba de su muy abstinentes y limitada comida, daba a los pobres, y luego recogíase a su rincón y dábase a la oración, no siéndole impedimento para esto la delicada cena ni la blanda cama (porque era el duro suelo), y su vestido siempre fue muy áspero de xerga y en la forma que los demás, mientras anduvo en lo poblado. Siempre

109

anduvo descalzo muchos años, hasta que por vejez mucha que tenía y obediencia, le hicieron calzar. Desde Iaén se fue a una ermita, que había en un áspero y solitario monte en tierra de Málaga, donde estuvo muchos años haciendo vida angélica, y comía del trabajo de sus manos (como está dicho) haciendo cucharas y cestillas y otras cosas de palo, que vendía y de aquí se sustentaba; y de creer es que le sucederían aquí hartas cosas dignas de saberse o de que no tenemos noticia, por ser él hombre en extremo callado, y que no hablaba palabra que no fuese movido de la gloria de nuestro Señor y aprovechamiento de el próximo; pero déxase entender, por los efectos que le veían, que salía de allí tan abrasado en el amor de nuestro Señor, que cuando iba a las ciudades comarcanas, el fruto que en ellas hacía lo daba bien entender, como luego se dirá. De aquí le dio voluntad de ir a visitar los lugares sanctos de la ciudad de Roma y las reliquias de los apóstoles sant Pedro y sant Pablo; y poniéndolo en efecto, fue con muy grandes trabajos que pasó a la ida y vuelta, de hambre y fríos y soles por el poco abrigo que llevaba, descalzo y sin algo en la cabeza. Llegado allá, visitó con grande devoción y lágrimas aquellos lugares que tanto había deseado, besando el suelo y piedras teñidas con la sangre de tantos mártires. Y como siempre, donde hallaba ocasión, su plática era de procurar el bien y aprovechamiento de todos, y el encaminar las criaturas a su criador, demás de otros con quien habló, topase un día en una ocasión con un judío, que agradándole ser mozo modesto y de buen gesto y agudo entendimiento, le comenzó a hablar de su salvación, y el error en que estaba en querer seguir

110

ley que había cesado con la venida del Mesías; que de verdad había venido el prometido de Dios por todos los profetas, que ellos locamente todavía esperaban; y tales cosas le supo decir, ayudándole nuestro señor y dando lumbré al judío, que le convirtió y hizo confesar la verdad; el cual pidió el bautismo, el cual se le dio con mucha fiesta en Roma; y le persuadió que por quitarse de ocasiones, de que topándose y conversando con los otros judíos que allí hay, no le pervirtiesen, que se viniese con él a España; el cual lo hizo, y así se volvió con él a España.

Vuelto de Roma, se fue derecho a Sevilla, y traía tan afilados los aceros, que desnudo y descalzo y ceñido con una soga, entró por todas las calles haciendo penitencia pública, y dando voces a todos

que la hiciesen, diciendo tales cosas, con tales amonestaciones y palabras tan vivas, que atravesaba los corazones de los que las oían, y que bien parecía que salían con fuego del Espíritu Sancto, pues en muchos hizo gran fruto; y dexado el mundo, siguieron a Cristo nuestro redemptor por diferentes caminos: unos en religión, otros siguiendo lo que él hacía, como se dirá. Y era un modo de decir el suyo tal, que no parecía que él hablaba, sino que otro le movía la lengua, porque él andaba absorto y tan elevado, que andando por medio de las plazas, parecía que ni vía ni oía a nadie, sino que andaba como solo en el monte, y sus palabras eran pocas, y tales y con tanta viveza dichas, que hasta hoy las oyó alguno, por olvidado que fuese de las cosas de Dios, que se le olvidasen y que dexasen de ponelle en admiración. Desta manera y con este modo anduvo toda la tierra de Sevilla, donde con los her-

111

manos que se le habían llegado, fundó el hospital de las Tablas, en la forma que queda dicha, y allí se exercitó muchos días curando y sirviendo los pobres y saliendo por las calles, y en lugar de pedir decía verdades y sin pedir le daban todos limosnas para los pobres. Y porque no fuese visto que todo lo procuraba para los otros, y que olvidaba su aprovechamiento y su antigua vida del monte y la oración, de cuando en cuando recogía los hermanos y hacíales una plática, amonestándoles cuán necesario era acudir los hermanos, y que en el tráfico de Sevilla se podía mal hacer, como se debía. Y así, dexado uno en el hospital, con los demás se iba a la sierra de Ronda, a lo más áspero della, y en una cueva se metía, y allí se daba muchos días a la oración y meditación, y enseñaba a los suyos cómo lo habían de hacer, como maestro que tantos año había que lo usaba. Y asimismo les enseñaba a trabajar de sus manos, para evitar la ociosidad y procurar el sustento necesario. Y de aquí, después de algunos días, veces un año y más, se volvía a la ciudad, y así sustentaba la una vida con la otra, y criaba hermanos de mucha virtud, exemplo y santidad y de mucha penitencia; porque él les daba tal exemplo, que esa era bastante amonestación para hacellos tales, porque era muy áspero para sí y muy abstinente. Y acontecíale, del andar descalzo y topar por aquellos riscos, hacérsele grietas tan grandes, que por no tener otra cura, por los duros callos que en los pies tenía, agujerarse con un alesna, y cosía las grietas con unos cabos en que cosen los zapatos. Aconteció un

112

día, que estando en la sierra con un solo compañero, que hoy vive, fueron por ella a buscar madera para hacer cuchares y taravillas, y viniendo por el camino no habían comido, y venían tratando cómo en la cueva no había de comer, y venían desfallecidos; y llegados a la cueva, vio Pedro Pecador encima de un poyo un pan grande muy blanco y junto dél una aceitera llena de aceite, y vuelto al compañero con muchas lágrimas le dixo: Mirá, hermano, cómo el Señor piadosísimo ha tenido cuidado de proveernos sin merecello. Y hincados entrambos de rodillas dieron por muy gran rato gracias a nuestro Señor, que había hartado sus almas de devoción, vista aquella merced, y sus cuerpos del sustento necesario.

## CAPITULO XXV

### DE LA VENIDA DE PEDRO PECADOR AL HOSPITAL DE IOAN DE DIOS, Y DE SU MUERTE.

Aunque el buen Pedro Pecador deseaba a tiempo exercitarse en el servicio de Iesu-Cristo en sus pobres, pero su principal deseo y contento era la soledad y quietud; y así acudía algunas veces al hospital, y luego se volvía al monte. Perecióle que era muy conocido en Sevilla, y que cuando le vían le hacían más honra de la que su mucha humildad y desprecio de mundo sufría; y así determinó

de no volver más allá, sino encomendó el hospital a un hermano llamado Pedro Pecador el chico, de gran virtud y sanctidad y gran pieza, y que en Sevilla fue grandemente bien quisto y que-

113

rido de todo el pueblo, y él fuese a Granada al hospital de Ioan de Dios, y allí hacía lo que le mandaban, saliendo por las calles como en Sevilla, con sus acostumbradas amonestaciones, descalzo y descaperuzado, y con los cabellos muy largos y un solo saco de xerga hasta en pies y un Crucifixo en la mano, que sólo velle compungía a un hombre y le hacía encoger; y diciendo las palabras y haciendo el fructo que en todas partes había hecho. Y de aquí se volvía a la sierra, como solía, hasta que amonestado de personas devotas sus conocidos, le persuadieron que se viniese de todo punto al hospital de Ioan, y tomase allí el hábito: lo uno por su mucha vejez, que ya era muy viejo, de casi setenta años, que no podía sufrir los trabajos del monte; lo otro por el fruto que a todo hacía en la ciudad a pobres y ricos. El, como no tenía voluntad, obedeció, pareciéndole que no era mal remate para la vida eremítica que había hecho, acabar debaxo de profesión y obediencia. Y así vino y tomó el hábito, y a cabo de algunos días profesó, y sirvió mucho en la casa su buena vida y exemplo, y lo que llegaba para los pobres, teniendo los ejercicios que solía, y procurando con todo el aumento de la honra de Dios. Juntaba en la plaza aquella gente ociosa y perdida, y hacía unas pláticas tan excelentes y con tanto espíritu, que tuvieran bien que aprender algunos de mucho discurso y años de letras. Tenía también por costumbre cada día madrugar mucho y irse a las plazas donde se juntan las gentes trabajadoras del campo a cogerse, y subíase sobre una mesa, y hincado de rodillas decía toda la doctrina cristiana con mucha devoción, como aquel que entendía que muchos de los que allí se juntaban

114

no la sabían, para que con el ordinario curso de oilla la aprendiesen, y hacía que respondiesen a ella. Traía de ordinario por las plazas un niño Iesús en la mano, muy bien aderezado, y era cosa de misterio ver la reverencia y acatamiento con que le traía, no desenclavando dél los ojos, ni por cansancio ni por discurso de tiempo, afloxando desto un punto; y con ser grandecillo, que pesaba razonablemente, nunca se cansaba de traelle todo el día en una mano, sin mudalle a la otra, con ser tan viejo, tanto que admiraba a los que lo veían. Y los viernes traía una cruz grande antes de llegar a la cueva. Y cuando iba a ella, siempre había de pasar por la cruz, y arrodillábase delante de ella, y decía tantos amores y dulzuras y regocijábbase tanto con ella, como sancto Andrés cuando lo llevaban a crucificar. Levantábase en el hospital a media noche, y íbase a la iglesia y hincábase de rodillas y gastaba hasta la mañana en oración y en cantares que decía delante el Sanctísimo Sacramento, con gran devoción y simplicidad sancta, diciendo: ¿Quién me apartará del crucificado? ni el demonio ni cuanto hay criado; y cantando su coplas del Señor y de su amor. Y luego levantábase al son y bailaba, y tornaba a la oración; y desta manera pasaba las más de las noches en dulce melodía de su alma. Y esto mismo hacía algunas fiestas principales de pascuas y de otros sanctos, que madrugaba mucho y se iba a su iglesia, y allí bailaba delante su altar, diciendo algunas coplas en loor de la fiesta; y luego hincábase de rodillas y oraba y

115

volvía al baile con tanto espíritu que movía mucho los corazones de los que lo alcanzaban a ver; porque, como queda dicho, él hacía todo esto tan embebido en sí, y tan hacer caso de nadie, como si estuviera solo en el mundo y no tratara entre hombres, pero no me maravillo; que de tratar tanto con Dios le había cobrado tanta reverencia y amor, que por andar en sola su presencia, compuesto y atento a lo que a su servicio convenía, había perdido el parecer que no andaba entre hombres; pues



porque en un punto no le fuesen impedimento de asistir a Dios, no hacía más caso dellos que de piedras muertas; y de la misma manera obraba y oraba en la plaza, como si estuviera encerrado en su celda; que cierto ésta era una cosa muy de ponderar en él y muy notable, y que algunos que tenían ojos para vello, les ponía en admiración y loaban al Señor de habelle hecho tal su gracia y hábito de la buena vida. Era devotísimo del Santísimo Sacramento y asimismo de nuestra Señora. Y los días de Corpus Christi que se hallaba en Granada, salía puesto sobre el hábito alguna cosa y en la cabeza, y iba bailando delante de nuestro Señor y cantando toda la procesión; y con ser tan viejo no se cansaba, y con no saber bailar cosa ninguna era tanta la gracia y espíritu con que hacía aquello, que dexaban de ver todas las fiestas y se iban a ver a Pedro Pecador; y hombres espirituales había que decían que se iban a ver a Pedro Pecador por hartarse de llorar de devoción; y así les sucedía, porque daba tantos saltos delante nuestro Señor y de la imagen de su madre, y decía tales palabras, que sin mucha dificultad hacía prorrumper en lágrimas. Llegóse el tiempo en que nuestro Señor tenía de-

116

terminado de dar descanso a su siervo y el premio de sus servicios y trabajos; y porque se cumpliese bien el consejo que le habían dado de su parte, que era buen acuerdo acabar con obediencia, fuéle impuesta obediencia que tomase el camino; y fuese a Madrid a tratar ciertos negocios con el Rey, que importaban a la casa; a lo cual él obedeció sin hablar palabra, aunque se le hizo bien de mal; lo uno, por estar enfermo de vejez, que ella sola es enfermedad; y lo otro porque él era inimicísimo de tráfgos y de cortes cuanto era posible; y baxando la cabeza, fue llevando un asnillo, que el hermano mayor le mandó llevar, aunque según se supo, él poco subió en él, porque no lo tenía usado, sino de andar de pie toda la vida; y así en el comer se trató en el camino harto ásperamente; porque llegado a Madrid, se fue a acoger a su hospital de los hermanos, y allí, como era huésped, no quería comer en el refitorio de los hermanos, sino a un rincón comía algunos regojos de pan duro que traía en la capacha, y con esto pasaba. Comenzó a negociar, y dióle una calentura que le duró algunos días y le puso en trabajo. Y conocido que aquella enfermedad era la prostera, salióse de la Corte y fuese a Mondéjar, que es cerca. Y estaban allí el Conde y Condesa de Tendilla, que ahora son Marqueses de Mondéjar, que ellos y sus padres y abuelos han sido siempre muy piadosos y cristianos, y tenido gran devoción con esta casa de Ioan de Dios y favorecídole, y al presente le favorecen muy largamente con sus limosnas. Como fueron mucho tiempo capitanes generales deste reino de Granada, y son alcaldes desta fortaleza insigne del Alhambra, y vivieron aquí siempre, conocían mucho al

117

buen Pedro Pecador, y así acogióse allá a morir; y entrando por su puerta fuese a ellos, que holgaron mucho de velle. Y díxoles en entrando: acá me vengo a morir; y agravándosele el mal le hicieron acostar en buena cama, y curaron dél con gran caridad de todo lo necesario, como a sus mismas personas, y él en lugar de los quejidos que otros enfermos dan, si hasta allí cantaba y decía canciones amorosas a Dios, entonces las decía con mucha más dulzura y amor, como el cisne cuando muere, que canta más dulcemente. Y como aquel que ya veía al ojo el cumplimiento de sus deseos, y que se llegaba el día en que había de ver a su amado Iesús; y recebidos los Santos Sacramentos con muchas lágrimas y devoción, la noche que murió quedáronse solos con él el Marqués y Marquesa, por gozar aquello poco que les quedaba de su angélica conversación y palabras sanctas. Y comenzó a cantar y bailar y dar con los dedos, como solía, un cantar sancto; y luego a decir muchas veces: Cogé desas flores, coge desas flores; como aquel que ya veía las flores, que la Esposa dice, en los Cantares, que habían parecido en nuestra tierra, que presto le habían de dar frutos, que gozase en la bienaventuranza para siempre; y diciendo estas palabras espiró, y dio el

alma a su Criador. Quedaron todos tan consolados de ver esta muerte seguida de tal vida (que es lo que hace el caso), que daban muchas gracias al Señor. Y lo más del pueblo, teniendo noticia dello, a la hora acudió mucha gente a vello y honrallo, como a sancto y hombre de Dios; y así los Marqueses lo veneraron como a tal, y le hicieron hacer las obsequias con mucho cuidado y muy hondamente. Y después de tenello en la

118

iglesia a donde todos lo viesan, algunos días, el Marqués mandó que se le hiciese un caxa de madera forrada en cuero negro y en ella se metiese el cuerpo; y no queriendo, con el grande amor que tiene a esta casa y hermanos, privalles del cuerpo deste sancto hombre, hizo a sus criados que lo truxesen a esta casa en una acémila bien compuesto como a tal. Y así vinieron con él a Granada, y con ser en tiempo de calor y haber setenta leguas de camino, llegó aquí sin mal olor alguno, sino tan entero como cuando murió, y había quince días que había muerto. Llegó a media noche, y llegando al hospital con él, contó el hermano mayor: que estando despierto en su celda antes que llamasen a la puerta, en el techo de su celda le dieron un golpe tan grande, que pensó que el aposento y el cuarto iban al suelo. Y saliendo de la celda a ver qué podía ser, no oyó nada, sino que todos estaban quietos durmiendo; y oyó luego que a gran priesa llamaban a la puerta, y llamado que viesan que era, dixéronle que era el cuerpo de Pedro Pecador, por donde conoció que aquel golpe podría ser para prevenille de lo que a su casa venía. Y así se levantó luego toda la casa a aquella hora, y con velas blancas le salieron a recibir, y lo metieron en la iglesia con gran regocijo, y queriendo hacelle el entierro que tal persona merecía, el Perlado lo impidió, por los justos respectos que a él le parecieron, y mandó se enterrase luego, y con todo eso no pudo ser con tanto secreto que no acudió mucha gente, y lo sepultaron con mucha devoción de todos, viéndolo tan entero a cabo de tantos días que había muerto, y alabaron a nuestro Señor, que es honrado en sus sanctos y vive para siempre jamás. Amén.

119

## CAPITULO XXVI

DEL TRASLADO EN LENGUA CASTELLANA DE LA BULA DE FUNDACIÓN E INSTITUCIÓN, APROBACIÓN Y CONFIRMACIÓN DEL HOSPITAL DE IOAN DE DIOS DESTA CIUDAD DE GRANADA, Y LA LICENCIA Y CONCESIÓN QUE SE DIO AL HERMANO MAYOR Y HERMANOS QUE PIDEN LIMOSNA PARA LOS POBRES DEL DICHO HOSPITAL, PARA QUE PROFESASEN Y TOMASEN HABITO DE CAPOTE DEBAXO DE LA REGLA DE SANT AGUSTÍN, Y HICIESEN VOTO DE OBEDIENCIA AL PERLADO, POR EL MUY SANCTO PADRE PIO QUINTO DE FELICE RECORDACIÓN.

PIO OBISPO, siervo de los siervos de Dios, para perpetua memoria.

Aunque conforme a la obligación que tenemos a lo que toca al oficio de Sumo Pontificado, a nos de lo alto encargado, nos convenga atender al provecho de todos y cualquier píos lugares; principalmente nos toca mirar por los hospitales y lo que en ellos habitan, y por los miserables pobres y enfermos que en ellos se curan. Y de estos tales debemos tener más solicitud y cuidado, cuanto mayores viéremos que son las necesidades, y mayor la pobreza de los que en ellos están. Fuénos poco ha presentada una petición, por parte del amado hijo Rodrigo de Cigüença, que de

presente es hermano mayor del hospital que dicen de Ioan de Dios de la ciudad de Granada. La cual contenía, que aunque es así que en el dicho hospital de la dicha ciudad en la cual reside el Audiencia real, a la cual suelen acudir gran número de forasteros a negociar

120

sus pleitos, agora de presente haya un hermano mayor y otros diez y ocho hermanos, que están sujetos al dicho hermano mayor, los cuales se ocupan en pedir limosnas para el dicho hospital, en el cual siempre se curan de diversas enfermedades, y sustentan muchos pobres de Cristo incurables, viejos, mentecaptos, tollidos, perláticos, el número de los cuales suele subir a cuatrocientos y más, en cuya cura y sustento se suele gastar suma de diez y seis mil ducados y más, de lo que se llega de las limosnas que los fieles cristianos suelen dar a lo dichos hermanos cada año, y de lo que los dichos hermanos por su industria piden y buscan para caritativamente sustentar a los pobres.

Y como el tal número de pobres de Cristo, en el tiempo de la guerra que el año pasado hubo contra los revelados en el reino de Granada haya crecido, y no se lleguen agora tantas ni tan cumplidas limosnas como de antes se solían hacer, y los dichos hermanos, aunque con grandísimo trabajo, no cesen de lo que han comenzado, antes con gran fervor la dicha tan loble obra y siempre la prosigan. Demás desto, creciendo la malicia de los hombres, algunas personas legas, movidas por avaricia sin temor de Dios nuestro Señor, vistiéndose con falso título del hábito llamado capote comúnmente, que es de paño de sayal en aquellas partes de que suelen vestirse los dichos hermanos, así de los sobredichos hospitales como de los de la ciudad de Córdoba y de Madrid, diócesis de Toledo, y de la villa de Lucena, diócesis de Córdoba, respectivamente, casas fundadas a la manera del dicho hospital de la ciudad de Granada, y en los cuales se suelen exercitar las semejantes obras de caridad que los dichos cofrades

121

del dicho hospital de Granada suelen hacer, se han atrevido a pedir limosnas y buscarlas y gastarlas en malos y dañosos usos, en grandísimo perjuicio del sustento necesario de los pobres y de las personas que en los dichos hospitales habitan. Y según en la dicha petición se contenía, nos haya suplicado humildemente el dicho Rodrigo, que para más fácilmente quitar y estorbar que no hubiese las tales cosas, que convendría que así a los dichos hermanos de Granada, como a los demás de los de Córdoba, villa de Lucena y los demás hospitales que conforme a esto se erigiesen o por tiempo fueren, se les diese licencia, que sobre su vestido de capote que suelen traer, se pusiesen un escapulario del dicho paño de sayal que les llegase hasta las rodillas, para que fuesen conocidos más fácilmente de todos los fieles cristianos que dan limosnas, y se diferenciases de los que no son hermanos y con falso título de los dichos hospitales o de alguno dellos con fraude y malicia piden las limosnas. Y así mismo que a cada uno de los dichos hospitales y a los demás que a forma dellos se erigiesen, entre los dichos hermanos haya uno que sea sacerdote, que traiga el semejante hábito y escapulario, el cual diga misa, celebre los divinos oficios y administre los sacramentos, así los dichos demás hermanos como a los pobres de Cristo que estuvieren en el dicho hospital; el cual les predique y enseñe la ley divina y que se les de licencia puedan pedir y rescibir limosna para el sustento de los dichos pobres de los tales hospitales, no solamente en las ciudades y pueblo en que los dichos hospitales están, sino en todo su distrito, diócesis y provincia. En todo nos pidió que tuviésemos por

122

bien de favorecer su piadoso deseo, y suplicó mirásemos por la utilidad de los dichos hospitales y bien de los pobres, y proveyésemos de conveniente remedio, según la benignidad Apostólica.

Por tanto nos, deseando con purísimo afecto la ayuda de los pobres y consolidación del dicho Rodrigo y hermanos y el tan loble y piadoso propósito, y absolviendo al dicho Rodrigo de todas y cualesquier sentencias, censuras y penas, a iure vel ab homine, por cualquier ocasión o causas pronunciadas, si en ellas hobiere en alguna manera incurrido, para conseguir el efecto de las presentes por su tenor dellas, y dándolo por absuelto. Inclínados a las dichas peticiones, por la autoridad apostólica y tenor de las presentes, para siempre jamás, damos licencia y concedemos al dicho Rodrigo y a todos cualesquier hermanos de los dichos hospitales que agora están fundados o adelante se erigieren, con tal que vivan debaxo de la regla de sant Agustín, que continuamente puedan traer, sobre sus vestidos o el capote que suelen traer, el dicho escapulario que llegue hasta las rodillas, del mismo paño que dicen sayal; y que puedan tener un hermano sacerdote en cada uno de los dichos hospitales, que sea hermano y traiga el mismo hábito de paño, con que sea mayor, más ancho, como conviene a la decencia sacerdotal, el cual agora por esta primera vez elija el Ordinario a su parecer. Y que puedan pedir a todos los fieles cristianos limosnas para los dichos hospitales y sustentos de los pobres de Cristo y de las personas que en ellos residieren, así en las ciudades, villas y lugares en que estuvieren fundados los dichos hospitales, como en todos su districtos y provincias; y libremente

123

lo hacer, rescebir, gastar y convertir en los usos de los dichos hospitales y pobres de Cristo. Y así mesmo para siempre jamás sometemos y sujetamos, así al dicho sacerdote como al llamado hermano mayor y a los demás hermanos, a la jurisdicción, visitación y obediencia del Ordinario donde estuvieren; y que el dicho hermano mayor y los demás hermanos estén obligados cada un año a dar buena cuenta, fiel y legal al dicho Ordinario del lugar, cuando a él le pareciere, de todas las dichas limosnas que se hubieren rescebido en el dicho hospital durante el tiempo de la tal administración, y no a otra ninguna persona.

Y para siempre jamás ordenamos que los hermanos que agora son o por tiempo fueren de los dichos hospitales, que después de haber rescebido el dicho hábito no lo puedan dexar ni dar ellos a otro, si no fuera de consentimiento de todos los otros hermanos del dicho hospital donde se hubiere tomado el dicho hábito, so pena de excomunió mayor, en la cual, ipso facto, incurran. Y estrechamente inhibimos a todas y cualesquier personas, de cualquier estado, grado, orden y condición que sean, si no fueren los Ordinarios de los tales lugares, que por ninguna causa ni vía ni pretensión se entrometan a regir, gobernar o administrar los dichos hospitales o los que conforme a estos se rigieren, so la dicha pena. En la cual así mesmo incurran, ipso facto, lo contrario haciendo. Decerniendo que el dicho hermano mayor y los demás hermanos de los hospitales que agora son o de aquí en adelante se fundaren, que en ningun manera puedan ser perturbados, vexados, molestados en la administración, gobierno o regimiento de los dichos hospitales por

124

cualquier personas de cualquier estado, grado, orden y condición que sean, aunque sea con pretensión de haberles fabricado en todo o en parte en los tales hospitales, o por cualquier pia manda o legado que hayan en ellos hecho. Y que las presentes letras en ningún tiempo deben ser notadas de vicio de sobrepción o brepción, ni querer saber qué haya sido la causa de nuestra intención, o que sean de algún defecto notadas, impugnadas, invalidadas por cualquier causa o razón, ni deban ser traídas en juicio ni en pleito, o reducidas a los términos del derecho, y que no se pueda impetrar otro remedio de derecho o de gracia contra ellas y que no estén obligados a verificar la causa o causas ante el Ordinario del lugar, o otro cualquier juez delegado que use de cualquier facultad, la causa o causas porque las presentes de nos emanaron. Y por eso no dexen de tener su fuerza sin alegar haber sido ganadas por sobrepción, y que el dicho Rodrigo no esté obligado a

verificar lo dicho, ni sean incluídas debaxo de cualesquier cláusulas se semejantes o diferentes gracias concedidas, así por nos como por los Romanos Pontífices nuestros sucesores, aunque sean con cualesquier cláusulas derogatorias y otras más eficaces y extraordinarias, o por otros decretos que andando el tiempo se hicieren, de cualquier tenor que sean. Sino que sin embargo dellas permanezcan en su fuerza y vigor, y que tantas cuantas veces las tales emanaren, éstas se queden en su antigua fuerza y vigor, y como si de nuevo fueran revalidadas, aunque estén de nuevo despachadas con data, y se ganaren así por el dicho Rodrigo o el que fuere hermano mayor del dicho hospital, porque esta es nuestra inmutable voluntad, y por

125

tal se debe de tener y juzgar por cualesquier jueces comisarios de cualquier autoridad que sean, quitándoles a ellos y a cada uno dellos la facultad de juzgar o interpretar de otra manera. Y que todo lo que cualesquier personas, por cualquier autoridad que sea, sobre esto se intentare, sabiéndolo o de malicia, sea de ningún valor ni efecto. Por lo cual por las presentes mandamos a nuestros venerables hermanos del Arzobispo de Granada y a los obispos Amerinense y de Córdoba, que ellos o los de ellos o el uno por sí o por otro, que por la dicha nuestra autoridad, luego que fueren requeridos por parte del dicho Rodrigo o del dicho hermano mayor que fuera del dicho hospital, publicándoles solemnemente las dichas letras, las hagan cumplir con efecto y guardar en todo y por todo, como en ellas se contiene. Y que los dichos Rodrigo y los que por tiempo fueren hermanos mayores gocen pacíficamente de las cosas dichas y cada cosa dellas conforme al tenor de las dichas letras, y no permitan que ellos o alguno dellos de cualquiera sean indebidamente molestados, perturbados o inquietados, poniéndoles silencio a los que lo contradixeren o fueren rebeldes en obedecer a las cosas sobredichas por censuras y penas eclesiásticas o otros convenientes remedios de derecho, sin les otorgar apelación y guardando la forma y tenor de lo que sobre esto se procesare declararlos haber los dichos incurrido en las tales censuras y penas y repetirlas, agravándolas, e invocar el brazo seglar si para ello fuere necesario. No embargante las constituciones ordenaciones de Bonifacio Papa Octavo, de felice recordación, nuestro predecesor, o el Concilio general de las dos dietas, con que

126

por virtud de las presentes ninguno pueda ser citado a juicio más de por las tres dietas y los demás estatutos apostólicos, decretos generales o particulares publicados en los concilios provinciales o sinodales, estatutos confirmados con juramento, confirmación o autoridad apostólica, o otra cualquier autoridad o estatutos, costumbres, privilegios e indultos y letras apostólicas, aunque sean por la Sede Apostólica concedidas a cualesquier personas debaxo de cualesquier tenores y formas, y con cualesquier cláusulas y decretos, aunque sean por motu proprio y cierta sciencia, y con la plenitud de la autoridad apostólica en contrario concedidas, confirmadas innovadas todas las cuales, aunque dellas y del tenor de todas ellas se hubiese de hacer especial y expresa mención en alguna otra forma que se hubiese de guardar, como si de verbo ad verbum, sin dexar algo se hubiese de enxerir en su forma y tenor, como si aquí fueran insertas, se hayan por bastantemente referidas, quedando aquéllas en cuanto a lo demás por agora en su fuerza y vigor, porque especial y expresamente las derogamos cualesquier cosas que en contrario fueren, aunque alguno en general o en especial por la Sede Apostólica le haya sido concedido, que no pueda ser entredicho, suspendido o descomulgado por letras apostólicas, no haciendo entra y expresa mención de verbo ad verbum deste indulto.

Ningún hombre se atreva a romper esta nuestra carta de absolución, concesión, facultad, subjección, ordenación, estatuto e inhibición, decreto, mandato y derogación, o con presumpción temeraria ir contra ella, y el que presumiere atentarle entienda que

127

incurre la indignación de Dios omnipotente y de los bienaventurados sant Pedro y sant Pablo sus apóstoles. Dada en Roma a sant Pedro en el año de la Encarnación de nuestro Señor Iesu-Cristo de mil y quinientos y setenta y un años, a primero de Henero, en el sexto año de nuestro Pontificado.

Laus Deo.